

Nancy
CARROLL
Cary
GRANT

La mujer acusada



EDICION F





LA MUJER
ACUSADA

Reservados los derechos de
traducción y reproducción

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

DIRECTOR PROYECTIVO: DAMÓN SALA VERDAGUER

DIRECTOR LITURGICO: MANUEL NIETO GALÁN

ADMINISTRACIÓN, REDACCIÓN Y TALLERES
Valencia, 234 - Apartado Correos 707 - Telf. 70657 - Barcelona

AGENTE DE VENTAS

Sociedad General Española de Librería - Barbadó, 16 - Barcelona

EDITORIAL

"AOS"

Publicación semanal

Año X

Núm. 143

LA MUJER ACUSADA

Diez famosos autores: Rupert Hughes, Vicki Baum, Vina Delmar, Irvin B. Cobb, Gertrude Atherton, L. P. Mc Evoy, Zane Grey, Ursula Parrott, Polan Banks y Sophie Kerr han escrito el emocionante argumento de esta gran producción, cuya versión cinematográfica es debido al no menos célebre literato Bayard Veiller, y en la que la bellísima NANCY CARROLL y el apuesto galán CARY GRANT hacen una verdadera creación en sus respectivos papeles de Glenda O'Brien y Jeffrey Dexter.

PRODUCCION



DIRECTOR:
J. M. MESSERI

Teléfono 75003

Paseo de Gracia, 91 - BARCELONA

PRINCIPALES INTERPRETES

La mujer (Glenda O'Brien) .	NANCI CARROLL
El hombre (Jeffrey Baxter) .	CADY GRANT
El acusador (S. Bessemer) .	JOHN HALLIDAY
Leo Young	Louis Galhern
Juez Clarke	Irving Pichel
Maria	Norma Mitchell
Maxie	Jack La Rue

Dirección de
PAUL SLOANE

Fotografía de
KARL STRUSS

— NARRACIÓN DEL FILM POR —
AGUSTÍN PIRACÉS

LA MUJER ACUSADA

RESUMEN ARGUMENTO
DE LA PELÍCULA

EL MISTERIO DE GLENDA O'BRIEN



La última representación de la temporada había terminado. Después de levantarse diez o doce veces la cortina, entre estruendosas ovaciones, la famosa actriz Glenda O'Brien se encerró en su lujoso camerino, y despojándose de su vestido de escena, se quitó precipitadamente el maquillaje. Luego, vistiéndose en un momento y saliendo precipitadamente a la calle, saltó al primer taxi esquivando las demostraciones de simpatía de sus numerosos adoradores.

Glenda O'Brien, que había hecho en el teatro una carrera tan triunfal como rápida, constituía un verdadero enigma para todos los que frecuentaban los bastidores.

No se le conocían amores, ni antecedentes. Vivía en un elegante departamento amueblado, en una de las más céntricas avenidas de Nueva York, en compañía de una criada, llamada Marta, que debía tener unos diez años más que ella, y apenas recibía a nadie.

Sin embargo, eso no quiere decir que Glenda llevara una vida retraída. Muy al contrario, gustaba de frecuentar las fiestas mundanas, los bailes y los téis de moda. Bromeaba con todo el mundo, se colgaba sonriente y benévola del brazo del primer caballero que, inclinándose reverentemente ante ella, la invitaba a un vals o un blues, pero nunca había aceptado una entrevista en el parque, o en un café solitario, con ninguno de sus innumerables admirado-

res. Bien al contrario de todas sus compañeras, ningún abonado de los palcos de proscenio o de las primeras filas de butacas, podía señalarla con el dedo y decir: «Una tarde, ella y yo...»

Su arrogante hermosura, su fragante juventud, su delicado acento femenino, habían despertado en muchos corazones pasiones volcánicas. Y Glenda había sabido siempre, con un tacto y una diplomacia verdaderamente admirables, evitar la violencia de contestar negativamente a una declaración de amor. En los momentos en que, aprovechando la intimidad de una mesa de té o unos pasos de fox, alguien intentaba encaminar la conversación hacia la parte amorosa, la joven desviaba el diálogo con una dulzura suave que el cristal rechaza la lluvia menuda de otoño. No le era necesario decir: «No hablemos de eso» o «No puedo corresponder a sus sentimientos». Sabía impedir que su galanteador llegase a manusear, no ya una declaración amorosa, sino incluso un cumplido que pasase de la vulgaridad de los que por obligación debe dirigir todo hombre bien educado a una mujer hermosa que baila con él o se sienta a su lado.

Ante el silencio de esfinge que Glenda O'Brien observaba respecto a las cuestiones del corazón, muchos

habían sido los que, movidos unos por la curiosidad malsana, y otros por una pasión sincera o un capricho momentáneo, habían intentado por otros medios bucear en la intimidad y en el pasado de la hermosa artista. Pero sus esfuerzos habían sido siempre vanos.

Su vida interior no era conocida más que de una persona: Marta. Y esto añadía un nuevo enigma a la vida de Glenda. Por qué?—se decía mucha gente—cómo es posible, en estos tiempos en que la adhesión y la fidelidad del servicio ha desaparecido por completo, que Glenda pueda tener siempre la misma criada?

Esto era desesperante para algunos. Porque intentar interrogar a Marta, sobre su joven ama, era una cosa absolutamente inútil.

Se había contagiado, o había aprendido, o su actitud respondía a un plan concebido entre las dos, de la hábil y sutil diplomacia de Glenda. En vano el portero del inmueble, sobornado por los aspirantes a la mano de la bella actriz, le hacía algunas veces preguntas. Marta no se negaba a contestarlas, pero daba la casualidad de que cuando tenía que responder a alguna interrogación indiscreta, se acordaba de que era muy tarde, de que debía llevar una carta urgente, o le faltaba sal, o vinagre, o limón para aderezar el pescado, o

tenía que ir corriendo a comprar unas medias. La cuestión era que no había manera de sacarle nada en claro.

No obstante, aquella noche, alguien esperaba a Glenda en el «hall» del edificio en que habitaba. No iba solo. Le acompañaban algunos amigos y amigas, todos gente joven, acomodada y alegre, que formaban parte de una sociedad recreativa que respondía al humorístico nombre de «Club de la Sopa de Almejas».

Este alguien era un joven abogado, llamado Jeffrey Baxter, que mantenía desde hacía tiempo una secreta pasión por Glenda.

Como los demás, tampoco él se había atrevido a declarar su amor a la joven actriz, y no por falta de deseos, sino porque ella, aun cuando se había mostrado quizá algo más gentil con él que con los otros, no le había dado nunca ocasión para ello.

Pero Jeffrey era un mozo atrevido, y su cerebro había urdido un plan que, si le salía bien, había de conducirle al logro de sus más ardientes y amorosas ansias.

El abogado y sus compañeros escurrían con impaciencia entre las tinieblas de la noche, aguardando la llegada de Glenda.

Por fin, el claxon de un coche vibró en el silencio nocturno.

—¡Es ella!—dijo uno de los jóvenes.

—¡Sí, es Glenda!—confirmó Evelyn, una hermosa muchacha que formaba parte del jocoso «Club de la Sopa de Almejas».

—En efecto—confirmó Jeffrey.

Y, tras un silencio, añadió:

—Ahora baja del taxi...

Minutos más tarde, el automóvil de alquiler deteníase frente al edificio. El conductor corrió a abrir la portezuela antes de que el abogado y sus compañeros tuviesen tiempo de hacerlo. La encantadora actriz saltó del vehículo y después de saludar con una leve y graciosa inclinación de cabeza a los que la aguardaban, se dirigió a Marta y observando que el «hall» estaba medio a oscuras, exclamó:

—¿Qué pasa con las luces, Marta?

La fiel sirvienta se apresuró a hacer funcionar varios conmutadores, y el «hall» quedó inundado de luz. Luego, Glenda estrechó las manos de los presentes y, con un gesto encantador de niña mimada, dijo:

—¡Oh! ¡Qué agradable sorpresa!

—Vamos de excursión marítima—dijo Jeffrey—. Tres días... ¿Hace?

—En tres días—observó maliciosamente Evelyn—se pueden dar muchas vueltas...

—¿Tú vendrás con nosotros, Glenda?

En aquel momento, se acercaba un «botones».

—¿Club de la Sopa de Almejas?— preguntó.

Era para entregar una misiva a uno de los socios. La joven repuso maquinalmente:

—Sí. Nac entre los pobres de la Novena Avenida.

Y luego, penetrando en el «hall»:

—¡A ver! ¡La orquesta!—gritó—. ¡Música! ¡Música!

Jeffrey se había puesto al lado de la muchacha.

—¡Qué apuros he pasado!—comenzó a decir ésta—. ¡Qué noche de trajín! Afortunadamente todo ha terminado y ahora podré descansar una temporada...

Habían llegado al departamento de Glenda. Los amigos de Jeffrey quedaron esperando en el «hall». El abogado dijo a la sirvienta:

—Déjanos solos un momento, Marta.

La mujer contempló a la pareja con cierto aire de recelo. Pero Glenda dijo:

—No me digas que es impropio, Marta.

—No es propio—repuso ésta.

Y haciendo mutis, añadió:

—Al primer chillido, vendré.

—¿Al primer chillido?—preguntó Jeffrey—. ¿De quién?

—¿De quién?—respondió la sirvienta—. En estos tiempos, es difícil saber quién chillará antes.

Sin volver la espalda, abandonó la estancia. En su rostro había una expresión un poco enigmática y misteriosa. La expresión de quien sospecha un feliz acontecimiento, pero que no lo acoge sino con ciertas reservas.

Cuando Glenda y Jeffrey quedaron solos, éste se metió la mano en el bolsillo derecho de su americana, sacó de ella una elegante cartera de piel de Rusia con sus iniciales en oro, la abrió y mostró un documento a la joven.

—¿Oh!—dijo ésta, al ver que se trataba de un pasaje de vapor—. Tres días en alta mar... Destino desconocido... Camarote A...

Hasta entonces no se dió cuenta de que no era un pasaje, sino dos.

—¿Dos pasajes?—interrogó.

—Para los dos—exclamó el joven abogado.

—¿Para los dos?

—Sí. Para eso lo proyecté. Se trata de una excursión marítima de tres días. Setenta y dos horas de alegría, baile y jolgorio. El buque es excelente, muy marinero, y no hay miedo de que te marees. Además, hay a bordo orquesta de negros, gente alegre como nosotros, confort delicado, cocina excelente y todo lo necesario para olvidarnos del mundo y de los hombres durante ese breve transcurso de tiempo...

Hizo un esfuerzo, como si le cos-

tase decidirse a seguir adelante. Y, con un tono rápido añadió:

—El capitán está autorizado para celebrar enlaces matrimoniales. Podremos casarnos a bordo.

Ella no pareció mostrarse demasiado sorprendida por lo que acababa de oír. Jeffrey continuó:

—Tú sabes que te amo. Aprovecharemos estos dos meses que tú no trabajes en el teatro...

—No era mi idea—se limitó a contestar la actriz.

—Es que no puedo vivir sin ti, Glenda—imploró el abogado.

—Eso parece, porque siempre estás aquí.

—No siempre.

—Y al ver tu asiduidad—continuó ella—pensó: «Naturalmente. Está enamorado de mí».

—¿Y que te dijiste?—interrogó con ansiedad el enamorado.

Con toda naturalidad, Glenda respondió:

—Me dije: «Ahí está el hombre para tí».

Calló un instante, como si aquella confesión hubiese agotado sus fuerzas. Se sentía hondamente emocionada. Al fin, añadió:

—Mi felicidad, mi porvenir, mis sueños, todo lo tiene aquí.

Jeffrey la escuchaba radiante de dicho. Glenda siguió hablando y dijo sencillamente:

—Esto me dije.

Volvió a guardar silencio. Y como si se hubiese olvidado de algo muy importante, pronunció después estas tres palabras:

—Espera... dije más.

—¿Qué dijiste, alma mía?

—Dije: «Le amo, y daría mi vida por él».

—¿Eso dijiste? ¿Eso dijiste? ¡Repítelo, Glenda, y harás de mí el más dichoso de los mortales!

—Y luego me dije: «Me casaría con él, pero es imposible».

Un rictus doloroso contrajo la boca roja y fragante, como un fruto en flor, de la bella actriz. Tenía la garganta seca, los labios apretados y fríos, y sentía que la sangre se agolpaba a sus sienes. Jeffrey, en pie junto a ella la contemplaba ansioso, y su rostro se había vuelto intensamente pálido. Creía haber descubierto una terrible y espantosa verdad.

Por fin se decidió a hablar.

—¿Eres casada?—preguntó.

Esperaba un «sí» que para él, era como la afirmación de un veredicto condenatorio. Su pecho se ensanchó y su corazón abrióse nuevamente a la esperanza cuando oyó a Glenda contestarle:

—No, Jeff, pero debo decirte una cosa...

—Sí. Ya sé. Cuando yo tenía diecisiete años...—confesó el abogado, re-

firiéndose a una casi olvidada aventura de juventud.

—No quiero saberlo—dijo ella.

—Ni yo tampoco de ti.

Mas, ella no le hizo caso. Quería librar su conciencia de un peso que ahogaba su pecho. Y rápida, dijo:

—Viví con él... No sé como fué... Me engañé a mí misma...

Jeffrey había escuchado en silencio. No vaciló un instante ante la verdad, cruda y dolorosa, que acababa de escuchar:

—Voy a hacer un gesto extraño en un enamorado—contestó—. Estrecha la mano.

Y le tendió su diestra, entre la que retuvo largo rato la delicada y frágil manecita de la muchacha.

—Ahora, vé a vestírte.

A la palidez angustiosa de ambos amantes, había sucedido ahora un rubor que coloreaba sus mejillas.

Glenda había vuelto a ser la muchacha juguetona y despreocupada que conocían todos.

—¡Socorro! — gritó, riendo como

una loca—. ¡Socorro! ¡Marta! ¡Socorro!

La sirvienta acudió al punto. Estaba acostumbrada a las extravagancias de su linda ama, y no se asustaba fácilmente, aunque ocurriese lo más absurdo e impensado.

Glenda se había colgado del cuello de Jeffrey y fué en esta actitud que les encontró la sirvienta.

—¡Estoy sorprendida de los dos!— dijo, sin poder contener la risa.

Se besaron, despidiéndose. Aun antes de cerrar la puerta, Jeffrey envió con sus dedos un nuevo beso a Glenda.

—¡Aprisa!—le dijo—. Te esperamos. Recogeré a esa gente, iremos a tomar un coctel y volveremos a buscarle enseguida.

Las dos mujeres se quedaron solas. Marta cogió un vestido que estaba encima de una silla y preguntó:

—¿Te pondrás éste?

—¡Sí, cualquiera!—contestó Glenda—. ¡Qué feliz soy!

Y en sus bellos ojos brilló una expresión de felicidad radiante...

EL ASESINATO DE LEO YOUNG

—¡Qué cariñoso y bueno es!—dijo Glenda, abrazando a Marta, a quien quería como una hermana mayor, hasta el punto de que ambas se tuteaban en la intimidad.

La sirvienta contempló a la joven con una mirada que era toda una interrogación. Glenda comprendió:

—Iba a decírselo—suspiró—. Pero él no quiso escucharme.

La mirada de Marta se dirigió nuevamente en las lindas pupilas de la actriz.

—No quiso...—repitió la muchacha.

Marta observó:

—Eso es ahora, pero seis meses después de casados, querrá saberlo todo.

Glenda no hizo caso de la observación.

—¿No me felicitas?

Las dos mujeres se abrazaron. Marta no supo decir más que estas breves palabras:

—Te quiero como a una hija, y solo deseo que seas feliz...

—¿Y qué es Jeffrey sino la mayor felicidad del mundo?

En aquel momento, sonó el timbre del teléfono. Glenda seguía abrazada a Marta, sin hacer caso del timbre, hasta que la sirvienta dijo:

—¡Suéltame!

Y corrió a descolgar el auricular.

Su rostro reveló una sensación de extrañeza al percibir las primeras palabras, luego se oscureció y sus labios musitaron con angustia:

—Es él.

Glenda parecía no comprender.

—Young—precisó Marta.

Con una expresión de terror análogo al que debe tener la tierna corderilla cuando siente la proximidad del lobo, Glenda se había acurrucado en un rincón.

—Ha regresado—añadió la sirvienta.

Las dos mujeres se contemplaron, desconcertadas. En un momento, todos los planes forjados para el porvenir, todas las ilusiones anheladas para una vida, se veían abajo como un castillo de naipes...

..

Explicuemos ante todo quien era aquel tercero en discordia.

Llamábase Leo Young y pertenecía a esa categoría de abogados venales que con tanta razón han fugitado casi todos los escritores y periodistas norteamericanos contemporáneos.

Defensor de todas las causas injustas, alternaba siempre en los bajos fondos sociales, y andaba constantemente rodeado de personajes de equívoca conducta.

Leo era el hombre a quien Glenda había aludido cuando quiso confesar a Jeffrey Baxter el secreto de su pasado.

La joven le había perdido de vista desde hacía mucho tiempo, y el no volver a saber de aquel hombre a quien en otros tiempos amara apasionadamente, le había devuelto, precisamente, una sensación de tranquilidad y bienestar.

¡Y he aquí que ahora, aquel hombre siniestro, volvía a interponerse en el camino de la muchacha, precisamente cuando veía a punto de trocarse en dulce realidad sus sueños de dicha imperecedera!

Pasaban los segundos con una lentitud desesperante. Por fin, Glenda se decidió a preguntar:

—¿Qué haré, Marta?

—Quiere verte—se limitó a contestar la sirvienta.

La mayor perplejidad se dibujaba en el bello rostro de la joven.

—¿Por qué acrá?—dijo.

Y como presa bruscamente de una determinación enérgica y desesperada, exclamó:

—¡No quiero verle!

Serena, con su voz siempre dulce y suave, Marta tendió el auricular a la actriz, murmurando:

—Díselo tú.

Casi temblando, la joven obedeció. Leo hablaba con clama siniestro:

—¡Aló, Glenda! ¡Soy Leo!

Ella no se atrevió a pronunciar una palabra. Leo prosiguió:

—Adivina donde estoy... ¿A qué

no se te ocurre? No, verdad? Pues... ¡en este mismo edificio, dos pisos más arriba!

—¡Aquí mismo!—gimió Glenda en voz baja, casi imperceptible.

Interrumpió un instante la comunicación. Con la vista, Marta la interrogaba.

—Ha alquilado un departamento arriba...—dijo con tono angustioso la actriz— Quiere que suba... ¿Qué haré, Marta? ¿Qué haré?

—No subas—aconsejó la sirvienta, decididamente.



En aquel mismo momento, Leo Young, que esperaba contestación a sus palabras con el auricular en la mano, vió como se abría la puerta y penetraba en la estancia una persona para él muy conocida.

Era Steve Bessemer, abogado, pero de catadura bastante distinta a la de Leo. Ignorante de sus antecedentes, Steve se había asociado con él y ambos explotaban un bufete.

Leo no pudo reprimir un movimiento de disgusto al darse cuenta de que Bessemer había oído las últimas palabras que dijera por teléfono a la hermosa muchacha.

Steve le puso la mano en un hombro, y con tono familiar, que no excluía cierta energía, le dijo:

—Tendrás que dejarte de mujeres, Leo.

Young hizo un gesto desdefioso, y encogió los hombros con aire indiferente.

—Recuerda—siguió diciendo Bessemer—que me dijiste que habías terminado con Glenda.

—Eso creís—dijo fríamente Young. Y, tras un silencio, confesó:

—Pero no puede ser.

Bessemer tomó un cigarrillo de la caja que había encima de la mesa y lo encendió. Leo prosiguió:

—Por esto te encargué que alquilaras este departamento.

—Si no fuese porque el quehacer lo exige—pronunció Steve, visiblemente disgustado—no me importaría. Pero en la oficina hay un mundo de trabajo.

Calló un instante, añadiendo luego en tono persuasivo:

—Piénsalo. ¿Quieres?

—Lo pensaré—repuso Leo—. Pero, ten paciencia, Steve. Tengo que ver a Glenda. Mañana nos veremos contigo.

—Bien. A las nueve en punto, ¿eh? Adiós.

Y Bessemer salió del departamento de Leo, visiblemente contrariado.

por los devaneos amorosos de su socio.

Este seguía esperando la contestación de Glenda. Pero ésta no hacía más que repetir:

—No quiero, Leo. Recuerda que nos separamos.

—No fué definitivo.

—Sí, Leo. Recuerda lo que me dijiste...

—Nos engañamos. Sube y hablámos de ello. ¿eh?

—¡No! No quiero verte.

—Te digo que subas, mujer.

—No puedo subir. Déjame estar.

—No quiero. Si tu no subas, bajaré yo.

Young pronunció estas palabras con el aire retador de una amenaza. Le pareció oír una vaga protesta de Glenda. Y alzando la voz, con aire de desafío, añadió:

—¿Qué no lo haré?

Defallecida, vencida, abandonándose a la tragedia de su destino, Glenda murmuró, con un suspiro de pájaro herido:

—Subiré para acabar de una vez por todas, Leo.

El semblante del miserable se iluminó de alegría:

—Sube y hablaremos, querida.

Ella se dispuso a salir de su departamento. Viendo a Marta, que la había estado contemplando en silencio, y como queriendo justificar lo que

hacía, dijo, al recordar que Jeffrey y sus amigos la estaban esperando:

—Si me llaman, díles que me estoy vistiendo...



Subió ansiosamente las escaleras. A la altura del piso intermedio, se cruzó con un hombre que descendía de casa de Young. Era Benemer.

—¡Ea ella!—pensó el abogado—. Decididamente, este abogado de Leo será siempre el mismo...

Momentos más tarde, la joven llamaba a la puerta del departamento alquilado por su antiguo amante. Este corrió a abrirle, le tendió los brazos:

—¡Glenda! ¡Glenda mía!—exclamó al verla—. Más bella y más seductora que nunca... ¡Cada vez estoy más loco por tí!

—Pues no pierdas el tiempo, Leo. Todo ha terminado entre nosotros.

—No te dejaré marchar de aquí, Glenda. Es inútil.

—Año a otro.

—Entonces, ¿por qué has subido?

—Para decirte que esta noche me casaré con el que amo.

Como un tigre, Leo Young cayó

sobre ella, estrechándola brutalmente entre sus nervudos brazos.

—¡Déjame marchar!—gritó ella.

Revolvió furiosa, cual tigresa que se ve sorprendida, y corrió hacia la puerta. Pero Young sonreía cínicamente.

—Está cerrada y he tenido la precaución de guardarme la llave—dijo—. No te irás. Y ahora... hablemos.

Se contemplaron como dos rivales que van a entablar una lucha a muerte.

—¿Quién es él?—interrogó Leo Young, con la frialdad de un juez que está extendiendo la declaración de un acusado.

Ella no contestó.

—¿Baxter?—se decidió a insinuar el antiguo amante de Glenda, tras un instante de silencio.

Con un gesto, la linda actriz le dijo que sí.

—¿Ese chico moreno?—dijo Young con aire despectivo—. ¡Bah!

Y luego añadió:

—¿Cómo fué que...?

—Nos amamos—repuso sencillamente Glenda.

—¿Le hablaste de mí?—inquirió Leo.

—No me habría dejado.

—¡Ah!

—Sí; él es así.

Hubo un nuevo silencio. Por fin,

cada vez más inquieta y nerviosa, la actriz tendió la mano a Young:

—Dame la llave.

Con enigmática sonrisa, Leo accedió al imperativo de Glenda.

—Muy bien—dijo ésta, tomando el diminuto objeto de acero.

Y se dirigió hacia la puerta. Pero entonces, el miserable estalló en una sucesión de carcajadas sarcásticas:

—¡Ah! ¿Qué no puedo retenerte aquí? ¡Eso lo veremos!

Corrió hacia la joven y le arrebató nuevamente la llave.

—¡Sueño contigo, Glenda!—exclamó—. ¡No pienso más que en tí!

Y estrechando ansiosamente su talle, añadió, jadeante:

—¡Eres mía!

Mas ella se deshizo de él violentamente, como había hecho la vez anterior.

Un proyecto decabellado acababa de surgir en el cerebro febril de la muchacha.

La habitación de Young tenía una ventana que daba a un amplio patio interior. Aunque a aquellas horas debía estar seguramente desierto, si pedía socorro, era fácil que alguien la oyese, acudiendo en su auxilio.

Pero Leo adivinó su intención, y corrió a interponerse entre la joven y la ventana.

—Podrás caerte—exclamó con sorna.

Ella intentó hacerle comprender lo absurdo de sus deseos, diciéndole:

—Te portas como un loco.

—Estaré loco—gritó él, cada vez más exaltado y violento—. ¡Pero tú no te casarás con él! ¡Eres mía!

—¡No soy tuya!—repuso Glenda, con vehemencia—. ¡Me casaré con Jeffrey!

—Ahora verás como no—dijo Leo, con espantosa calma.

Se acercó al aparato telefónico y con estudiada calma, marcó un número.

Al instante quedó establecida la comunicación. Entonces, el miserable preguntó:

—¿Está ahí, Maxie?

La contestación debió ser negativa, porque el abogado ordenó:

—Bien. Pues, búzquelo, y que me llamo en seguida.

Volvióse hacia la actriz y le dijo:

—¿Te acuerdas de Maxie?

—Sí, que se acordaba de Maxie! Era uno de los secuaces de Young, que había cometido infinidad de delitos por orden de éste. Leo era el cerebro, Maxie el brazo. ¡Y qué brazo, Dios santo! Un brazo que no temblaba al herir a las víctimas más inocentes e indefensas, mientras Leo, el amo, el jefe, lo ordenase...

—Sí... Le conoces—afirmó Young. Una vez lo encontramos y dijiste que tenía cara de asesino. ¿Te acuerdas?

—Sí—contestó ella maquinalmente.

—Era aquel. Estaba en todos los periódicos. Maxie, entre otras cosas, despachó a Haskins por mi orden y exclusiva cuenta. «Despáchame a Haskins»—le ordenó un día. Y no tuve que decirselo dos veces. A la mañana siguiente lo encontraron apuñalado...

Glenda contemplaba «terrorizada al miserable».

—Trabajo limpio—siguió diciendo éste—. Lo apuñaló y lo metió en un taxi. No dejó ni una huella del crimen... Solo el cuchillo clavado en la espalda.

—¡Miserable!—rugió la muchacha.

—Es inútil que chillea. ¿Te irás ahora?

En aquel momento sonaba el timbre del teléfono. Leo descolgó el auricular.

—¡Aló! ¿Qué hay, Maxie? ¡Ah, sí! Muy bien, gracias. Sí... ¿Cómo? ¡Ya! Llegué hoy. Claro... Desde luego. Conforme... Bien. Oye, Maxie, otra cosa. Hay un individuo a quien me conviene despachar.

—¡No!—gimió Glenda—. ¡Leo! ¡Por favor!

Mas, éste no le hizo caso. Sin duda, Maxie, al otro extremo de la línea telefónica había oído la desgarradora súplica de la joven actriz. Young continuaba, como si tal cosa:

—No es nada, no, Maxie... ¿Dón-

de? Está en este mismo edificio... Ven pronto.

—¡Leo!—imploró la infeliz—. Haré lo que quieras!

El otro ni se dignó volver la cabeza y siguió hablando:

—Es alto... Moreno... Dentro de una hora estará aquí. Se llama...

Glenda corrió a taponarle la boca. Le arrancó el auricular de las manos, pero él volvió a recuperarlo.

—¡No, Leo!—volvió a decir la bella muchacha, casi sollozando—. Haré lo que quieras! ¡Volveré contigo!

—¡Ya lo creo que volverás con-

migo!—contestó Young, con sorna—. ¡No faltaría más!

Y fué a proseguir su interrumpida conversación telefónica:

—Oye, Maxie: el nombre de esa persona es...

No pudo terminar.

Glenda se precipitó sobre él, y siendo una estatuilla que había encima de la mesa le descargó un golpe terrible en la cabeza.

Leo abrió los brazos, vaciló un instante y se precipitó al suelo, cayendo tan largo como era.

Estaba muerto.

LA HABILIDAD DE MARTA

Cuando la prometida de Jeffrey se dió cuenta de la realidad de lo ocurrido, le pareció como si despertara de una angustiada pesadilla.

¡Cómo! ¿Era posible? ¿Había bastado aquel golpe, que ella descargó sin más intención que la de evitar fuese pronunciado por Leo el nombre de Jeffrey Baxter, para quitarle la vida?

Sin embargo, no le cabía la menor duda.

La sangre brotaba a raudales por el pulso derecho del muerto, convirtiendo su cabeza en una masa roja e informe.

La impresión producida por la impensada y rapidísima tragedia en el corazón de Glenda era de tal naturaleza que si reaccionó fué únicamen-

te por un efecto puramente mecánico que le dictó su espíritu de conservación.

Tras unos minutos de estupefacción, acabó por comprender que lo primero que debía hacer, si quería evitar caer en manos de la justicia, era huir de allí lo antes posible.

Se apoderó de la llave del departamento, abrió la puerta y descendió a paso de lobo los escalones conducentes al piso que ocupaba.

—¿Y bien?—exclamó Marta, al verla entrar, pálida, desencajada, con los cabellos en desorden y el vestido empapado en sangre.

—¡Glenda! ¿Qué ha ocurrido?

La prometida de Jeffrey estalló en una carcajada histérica, como alocar-

da, y se dejó caer en el lecho, presa de una fuerte convulsión nerviosa.

—¡Glenda!—repitió Marta—. ¡Te oirán!

—¡No puedo contenerme!—dijo la infeliz—. ¡Tengo que reír!

Y a su risa histérica sucedió una violenta crisis de lágrimas.

—¡Le maté!—confesó finalmente, —¡Iba a...

Una nueva crisis, que se tradujo en un estallido de sollozos, la acometió.

Marta, que no perdía su admirable impassibilidad aun en los momentos más difíciles, procuraba calmarla como podía.

—Anda, hija mía, serénate — la dijo—. Quitate ese vestido y limpia esos manchos...

Mas, ella no atendía su indicación y seguía desesperándose.

—¡He matado a un hombre, Marta!—repetía llorando la pobre Glenda—. ¡Le he matado!

—¿No te quería matar?—preguntó la sirvienta.

Pero la actriz no la escuchaba.

—¡Todo perdido! — sollozaba—. ¡En un minuto! ¡Mi felicidad! ¡Mi ventura! ¡Todas mis ilusiones, toda mi vida!

Y luego, como presa de una súbita determinación:

—Llama a Jeffrey.

—¿Qué quieres hacer?—preguntó Marta.

—Se lo diré.

La sirvienta le contestó con un gesto negativo. Glenda dejóse caer nuevamente sobre el lecho, suspirando:

—¡Tan feliz que hubiera sido con él!

Marta se acercó a la joven.

—No temas—dijo, consolándola—. Nada sabrán, ¿oyes? Estarás fuera.

—¡Sí!—exclamó la prometida de Jeffrey—. ¡Sí! Por tres días...

Y súbitamente iluminada por la perspectiva de una felicidad impensada:

—¡Oh, sí! Será mío... No lo sabrán. En el buque... no me hallarán. Me aprovecharé... Suceda lo que suceda, me aprovecharé. Después, si me prenden...

—No seas chiquilla—protestó Marta—. No te harán nada... Yo, tu Marta, lo arreglaré.

—¡Oh! ¿Será posible? ¿No me cogerán?

—¿Crees que les dejaré? — repuso la animosa mujer.

En aquel instante llamaron a la puerta. Era Jeffrey.

—¡Glenda, que se está haciendo tarde! ¡Perderemos el vapor!

Ella vaciló. Pero Marta, cariñosamente, le puso una mano sobre la espalda.

—Anda, niña...—le dijo, con tono persuasivo—. Díviétele...

—¡No puedo!

—¡Haz lo que te digo una vez en la vida!

La puerta se abrió, haciendo su aparición Jeffrey Baxter.

—¡Vamos, chiquilla!—gritó alegremente.

La cogió del brazo y sus ojos se fijaron con expresión de profundo cariño en las claras pupilas de Glenda.

—¿Me quieres mucho?—preguntó ella.

—¡Moriría por ti!—se limitó a contestar el abogado.

—¿Eso harías?—inquirió la joven.

—¿Por qué no?

La pareja descendió rápidamente las escaleras del edificio. Una vez en la calle, Jeffrey avisó a un taxi.

—Al muelle 51—ordenó—. ¿Sabe?

Mientras tanto, Marta había quedado sola. Cuando la puerta se cerró tras de los dos amantes, la sirvienta exclamó:

—¡Pobre corderilla!

Y tendiendo las manos hacia una imagen del Salvador que había en el fondo de la estancia:

—¡Ilumíname, Dios mío, por el bien de ella!

Cuando Bessemer llegó a su domicilio, de regreso de casa de Leo, quiso telefonar nuevamente a éste, para recordarle que le esperaba a las nueve de la mañana siguiente.

Con gran sorpresa suya, al marcar

su número y descolgar el auricular, escuchó la señal de comunicación.

—¡Qué raro, a estas horas!—pensó—. Esperemos un momento.

Volvió a probar al cabo de un rato, con idéntico resultado.

—Pues, señor—se dijo—. ¡Vaya conferencia la que está sosteniendo Young! Hace más de media hora...

Intentó por tercera vez obtener comunicación. El aparato volvió a hacer la señal de ocupados. Entonces, ya un poco nervioso, Stephen Bessemer marcó en su teléfono automático el número del departamento de reclamaciones.

—¡Señorita! ¡Señorita!—dijo—. ¡No puedo obtener comunicación con Vanderbilt 39969... La línea está ocupada.

La voz de la encargada del servicio contestó, tras breve espacio de tiempo, el necesario para comprobar lo que afirmaba:

—No puede ser...

—Vuelva a probar.

—Lo siento, señor—dijo otra vez la encargada—. La línea sigue ocupada... Probaré otra vez.

Pero durante mucho rato, Bessemer se esforzó en vano. La comunicación con Vanderbilt 39969, que era el teléfono de Leo Young, no pudo ser obtenida.

La explicación de aquel hecho anormal, era, no obstante, muy sen-

ella. El socio de Steve Bessemer había caído sin vida con el auricular en la mano, y éste no volvió a ser colocado en su sitio. He aquí por qué, al no estar colgado el auricular, el aparato contestaba a las llamadas con la señal de «comunica», haciendo suponer a la encargada de las reclamaciones que el abonado debía estar sosteniendo alguna conferencia telefónica larguísima, interminable...

—¡Beh!—musitó una de las operadoras, al serle reclamada por centésima vez para que comprobara la comunicación—. Algún diálogo amoroso, que se prolonga indefinidamente a favor del silencio y el encanto de la noche...

Mientras Bessemer se impacientaba cada vez más, otro personaje llegaba al edificio donde Leo había alquilado su departamento. Era Maxie. Se dirigió al operador del teléfono interior y preguntó por mister Young.

—Tenga la bondad de aguardar un momento—repuso el empleado—. Ahora le llamaré.

Introdujo la clavija en el orificio correspondiente a la conexión del teléfono de Leo y aguardó.

—Mister Young no contesta, señor—dijo al cabo de un rato—. Acaso esté ocupado.

—Tenga la bondad de volver a llamar y decirle que Maxie quiere hablarle.

En aquel mismo instante, penetró otro individuo en el zaguán. Era Stephen.

—Imposible comunicarme telefónicamente con mister Young—dijo al operador—. ¿Quiere llamarle?

—Yo tampoco puedo—contestó éste.

—¡Es raro!—repuso Bessemer.

Y al distinguir a Maxie:

—¿Qué hace usted aquí?—le preguntó.

—Quiero ver al jefe... Estaba hablando con él por teléfono y sentí un ruido que me preocupó. Después, ya no pude proseguir la comunicación.

—¿Quedó cortada?—inquirió Steve.

—No, señor. Seguía marcando la señal de «ocupado».

—Es curioso.—monologó Bessemer.

Y, dirigiéndose a Maxie:

—¡Váyase de aquí!—le dijo.

—Es que... me preocupó lo del teléfono.

El criminal comprendió que a Stephen no le gustaba mucho su presencia allí. Y, como era un hombre muy respetuoso para con los deseos de sus jefes, y Bessemer era socio de Young, se alejó del edificio sin pronunciar una palabra.

—Es indudable que ha ocurrido algo anormal—acabó por decir Steve

Bessemer.—Vamos al departamento de mister Young.

Subieron hasta el piso donde estaban las habitaciones de Leo, y llamaron a la puerta.

Pero no contestó nadie.

Sin embargo, había alguien dentro.

Era Marta. Marta, que ansiosa de borrar las huellas del crimen, había-se introducido en la habitación donde estaba muerto Leo Young, utilizando una escalera interior.

Lo primero que hizo, fué colocar otra vez el auricular en su sitio y luego comprobar si a Glenda le había caído algún objeto, alguna prenda que pudiera comprometerla.

Cuando se hubo asegurado de que no, salió de la habitación por el mismo sitio que había entrado, reintegrándose al departamento de Glenda.

Mientras tanto, Bessemer y el operador del teléfono seguían llamando.

—No habrá más remedio que echar la puerta al suelo—dijo el socio de Leo.

Así lo hicieron. Con sorpresa y espanto hallaron a Young en el suelo, en medio de un charco de sangre. Su cuerpo estaba ya frío.

—¡Llame usted al juez Clarke...—dijo Stephen—. Que venga inmediatamente.

El operador descolgó el auricular, estableció comunicación y diez mi-

nutos más tarde, Clarke hacía su aparición en el lugar del suceso.

—¿Qué ocurre?—preguntó el juez.

—Este hombre ha muerto asesinado—pronunció Bessemer.

—¿Le conocía usted?—preguntó el representante de la ley.

—¿Qué si le conocía? Estábamos asociados y, además, nos queríamos como hermanos.

Tras de Clarke llegó un inspector de policía, el cual dió principio inmediatamente a sus investigaciones. Más tarde, hizo también su aparición el médico forense, el cual se puso en seguida a practicar el reconocimiento del cadáver.

—¿Qué ha averiguado, inspector?—preguntó Clarke al cabo de un rato.

—Todavía nada —repuso éste—. Tenga en cuenta, señor juez, que casi puede decirse que acabamos de llegar...

Entretanto, el facultativo observaba atentamente el cuerpo del difunto.

—¿Con qué fué?—preguntó el inspector, refiriéndose al arma que debía haber ocasionado la herida que produjo la muerte de Leo.

El médico no le atendió, pero dijo:

—¡Vaya un cráneo más delgado!

Y, al cabo de un instante:

—Nada puede hacerse—añadió—. Está muerto.

Bessemer se acercó a él y le habló de esta manera:

—¿Me permite hacerle algunas preguntas?

—¿Amigo suyo, verdad?—interrogó el doctor, a su vez.

—Sí.

—¿Usaba carmín?

—¿Qué quiere usted decir con eso, señor doctor?

—Vea usted.

Y le mostró una suave manchita de rojo en la mano derecha, que parecía una pincelada.

—¿Aquí ha estado una mujer?—exclamó entonces Stephen Bessemer.

—Es posible—asintió fríamente el doctor.

—¡Ahora recuerdo! — siguió diciendo el socio de Leo—. Hace una hora, cuando salí de aquí, subía una mujer... Era Glenda O'Brien... Subía a verle. Estoy seguro de que tuvieron un altercado y ella le mató.

—Imposible—repuso Clarke—. Conozco a miss O'Brien... Y es tan incapaz de matar a nadie como usted.

Bessemer se indignó.

—¿Cree usted que lo dejaré así? ¡El que mató pagará! El asesino salió por la puerta de escape, de eso estoy seguro... Ella vive abajo.

—No es la única escalera—observó el juez.

—¡Ahí tiene la clave!—exclamó

de pronto Stephen—. ¡Ella tenía motivo para matarlo!

Y añadió, dirigiéndose al representante de la ley:

—¿Me ayudará?

—¡Naturalmente!

—¿Podemos interrogarla?

—Podemos hacerlo—asintió Clarke, y dirigiéndose al inspector, añadió:

—Tráigala.

—Saldré por la escalera de escape...—dijo el subordinado de Clarke—. Acaso la sorprenda...

Bajó al piso de Glenda y llamó. Marta abrió la puerta y cuando vió al inspector, ganó inmediatamente una habitación interior, con ánimo de hacer desaparecer el vestido de la joven actriz, que, como recordarán nuestros lectores, estaba manchado de sangre.

—¡Salga de ahí!—gritó el inspector—. ¡Salga, o derribo la puerta!

Marta obedeció. Con calma imperturbable, recibió a los visitantes.

—¿Miss O'Brien?—interrogó el inspector.

—Ha salido.

—¿Volverá?

—No lo sé.

El inspector no la perdía de vista. Bruscamente, descubrió el traje manchado de sangre, y antes de que Marta pudiera impedirlo, se apoderó de él.

—¿Y ese traje?—preguntó triunfante.

—¿Cuál?—repuso Marta, con un tono de glacial indiferencia.

—Suba usted. El juez quiere interrogarla.

Serena, impávida, Marta subió las escaleras que conducían a la habitación.

—¿Es usted la sirvienta de miss O'Brien?

—Para servir a usted, señor juez.

—¿Dónde está?

—¿Quién?

—¿Quién ha de ser? Miss O'Brien!

—Miss O'Brien está en alta mar.

—¿Cómo? ¿En alta mar?

—Sí, señor juez. En alta mar. Fué de excursión marítima con su prometido.

—¿Le conocía usted?

—Sí, señor juez.

—¿Usted sabe si el muerto telefonó a miss O'Brien?

—Telefonó.

—¿No le dije?—interrumpió Bessemer, dirigiéndose al juez Clarke.

Este, sin hacer el menor caso de la observación, siguió interrogando:

—¿Qué quería?

—Que ella subiese a verla.

—¿Y subió, no es verdad?

—No, señor juez. No subió.

—¿Jura usted lo que dice? ¿Jura usted que miss Glenda O'Brien no subió a este departamento?

—Lo juraría sobre un montón de Biblias, si fuese necesario... Ella estuvo siempre conmigo.

—¿Está usted segura?

—¡Naturalmente, que estoy segura!

—¿Lo jura usted por la salvación de su alma?

—¡Lo juro!

—¿Y este vestido?—dijo entonces con aire triunfal al juez Clarke.—¿Es de miss O'Brien?

Todo el mundo esperaba que, ante aquel golpe, verdaderamente teatral, Marta, acorralada, confesaría. Pero pasó la vista por él con su eterno gesto indiferente y no respondió ni una sola palabra.

—¡Manchas de sangre!—recalcó el juez Clarke.

—¿Qué más quiere?—confirmó Stephen Bessemer.

Los circustantes se miraron entre sí. Solo Marta conservaba su serenidad de estatua griega, su frialdad de mármol. Bessemer, cada vez más excitado, repetía:

—El la llamó... ella subió... y la prueba está aquí.

Ahora Marta creyó llegado el momento de intervenir. Con un gesto de cabeza, indicó que no.

—¿Estas manchas?...—insistió Bessemer.

Marta, que durante toda la escena había guardado las manos bajo el

delantal, descubrió éstas y mostró un corte que se había hecho expresamente en la muñeca, cuando vió que el inspector descubría el vestido manchado, del cual manaba todavía un hilillo de sangre...

—Vienen de aquí—explicó—. Me corté al arreglarlo.

Clarke vaciló. Bessemer no parecía muy convencido de la explicación.

—¿Cree usted esas mentiras?—dijo al juez.

Esto se encogió de hombros.

—Usted dice que ella mató a Young—contestó—esta mujer jura que no... que esta sangre es de ella... ¿Qué pruebas presento?

Y siguió diciendo, mientras se dirigía a Marta:

—Puede retirarse...

La asistenta sirviente fué a recoger el vestido, que sabía era la única prueba acusatoria que existía contra Glenda.

—...No; deje eso—observó el juez Clarke.

—Tengan mucho cuidado con él—exclamó con sorna Marta al retirarse—. Costó doscienta cincuenta dolares.

Bessemer se quedó mirando fijamente a Clarke.

—¿Abandonará el caso?—le preguntó.

—Está usted equivocado en cuanto a sus suposiciones, Steve...—repuso el representante de la ley—. Por lo demás, no puedo probar nada... Sin embargo, estoy dispuesto a ayudarle.

—Miss O'Brien le mató—insistió Bessemer.

—Busque pruebas y presentaremos el caso al jurgado. La policía le ayudará.

—Está bien, Clarke. Eso mismo haré.

Bessemer abandonó la estancia donde había tenido lugar el crimen y minutos más tarde, el juez ordenaba el levantamiento del cadáver y su conducción al depósito judicial. Mientras tanto, Marta, la heroica sirvienta, se vendaba la herida que se había producido ella misma a fin de tener un argumento decisivo que oponer a la única prueba material que el juez había podido obtener sobre la culpabilidad de Glenda O'Brien en aquel crimen...

VACACIONES MARITIMAS

El buque de recreo se deslizaba mansamente sobre un mar tan liso que parecía aquella noche una verdadera balsa de aceite.

Los que se habían embarcado en aquella excursión marítima se felicitaban de la excelente idea que habían tenido al combinar unas vacaciones tan agradables.

A bordo se bailaba, se bebía, se hacían ejercicios natatorios en una piscina instalada a proa, se bromeaba en grande y todo el mundo hacía gala de una alegre despreocupación.

La mayoría de los excursionistas eran, como Glenda y Jeffrey, gente joven, a quienes aquellos tres días de libertad permitían entregarse, sin remilgos ni críticas, a las delicias del *effluvi*.

De todos los excursionistas, sin embargo, el menos contento era Baxter.

—El capitán resulta que ahora no tiene autorización para casarnos...— dijo a Glenda—. En el primer punto que el buque se detenga, saltaremos a tierra y nos casaremos en la primera capilla que encontremos.

La joven hizo un movimiento de desagrado, que Jeffrey no se explicó. Debía tardar aun bastante tiempo en comprender las causas que lo motivaban.

—¿No quieres?—inquirió.

—Dijimos que iríamos de excursión los dos juntos...—opuso ella—y ahora dices que abandonemos el buque.

—Bien. En cuanto lleguemos a tierra, nos casaremos.

—Si tú quieres...

—Naturalmente que quiero, Glenda de mi vida!

Ella le besó en los labios.

—Olvidémoslo todo, amado mío, y acordémonos solo de nuestra felicidad...

Jeffrey insistió:

—Y cuando lleguemos a tierra nos casaremos, ¿eh?

—Sí. Y seremos felices.

—¡A tierra, los que van a tierra!—gritó en aquel momento la voz de un marinero.

Los dos amantes parecieron no oír nada. Solamente Glenda susurró al oído de Jeffrey:

—¿Cuánto me quieres?

—¿Cuánto? ¡Oh! ¡Eso no puede evaluarse con cifras! Pero haría cualquier sacrificio por un solo beso tuyo.

—¿Eso harías?

—Eso.

Ella le abrió sus brazos y se ofreció, gozosa.

—Soy tuya—dijo—. ¡Quiero estar contigo siempre!

En aquel momento llamaron a la puerta del camarote.

Un sobresalto atroz hizo estremecer la espina dorsal de Glenda. ¿Había sido descubierto su crimen y llegaba la policía con una orden de de-

tención? Pero, no. Era la voz de otro marinero, que anunciaba:

—¡El bar está abierto!

—¿Qué dices a eso?—preguntó Baxter— ¿Vamos a tomar un refresco?

—Iré donde sea—repuso Glenda— mientras sea contigo...



Entretanto, Stephen Bessemer, o Steve, como familiarmente le llamaban sus amigos, no perdía el tiempo.

La trágica muerte de Leo Young le tenía muy preocupado.

Tenía la convicción absoluta de que Glenda O'Brien era la única culpable del hecho, y estaba dispuesto, costase lo que costase y aunque tuviese que remover cielo y tierra, a desenmascararla y hacer que cayera en las redes de la justicia.

Pero, para ello, lo primero que precisaba era dar con su paradero.

Esto, para un hombre ducho como él en aquella clase de asuntos, no era una cosa difícil.

No le costó mucho trabajo averiguar que Jeffrey Baxter había tomado, el día anterior, dos pasajes para la excursión marítima del «Club de la Sopa de Almejas». Y como Clar-

ka, fiel a lo prometido, había hecho que la policía se pusiese a su disposición, Stephen embarcó en una de las lanchas que ésta tenía siempre dispuesta para la vigilancia marítima y partió en busca del vapor en que viajaban Glenda y su prometido.

Bessemer era un hombre hábil. Había sostenido y ganado procesos que parecían difícilísimos, y en el foro había obtenido triunfos resonantes. La experiencia le había demostrado que en este mundo, para ganar la partida, es siempre necesario proceder con extraordinaria cautela.

Ofreció una buena prima al maquinista si alcanzaba el vapor en que viajaban los excursionistas y fiel al adagio que afirma que «con oro, nada hay que falle», aquel forzó las máquinas, no tardando en conseguir lo que Stephen se había propuesto.

—¡Buque a la vista!—prontificó de pronto el vigía.

Bessemer corrió hacia el puesto de observación.

—¿Es el que buscamos, muchacho?

—Me parece que sí.

—Pues, bien. Sigue ojo avizor, y confírmame en cuanto puedas su identidad. No fuese cosa que hiciésemos una plancha.

Durante un cuarto de hora, se estableció entre ambas embarcaciones una verdadera carrera de velocidad.

Es verdad que el buque excursionista era absolutamente ajeno a aquella competición, que no tenía nada de deportiva. Marchaba a la velocidad normal, pero como las máquinas de la lancha de la policía eran mucho menos potente, el conductor tuvo que elevar la presión al máximo para conseguir su objeto.

Por fin, un suspiro de satisfacción se escapó de su pecho.

—¡Le alcancé! —dijo—. Suerte que esta carrera loca no ha durado cinco minutos más, o, de lo contrario, es muy posible que la caldera hubiese estallado, produciéndose una catástrofe espantosa... El riesgo que he corrido es importante, pero... en fin, confesemos que el premio también lo valía.

Fizo tintinear entre sus manos, negruzcas por el polvillo del carbón, unas monedas de oro, que eran las que le había dado Bessemer como gratificación por su esfuerzo. Al dárseles, le había hecho esta observación significativa:

—Si alcanzas el buque, muchacho, estoy dispuesto, y con mucho gusto además, a doblar la cantidad.

Mientras tanto, nadie a bordo del buque excursionista se había dado cuenta de la persecución de que era objeto por parte de la lancha de la policía.

Esto, que a primera vista parece

extraño, tiene una fácil explicación.

En primer lugar, la noche era bastante oscura, y resultaba difícil distinguir entre la bruma una embarcación de tan escaso tonelaje como aquella en que viajaba Bessemer.

Además, la única cosa que, aparte de la obscuridad, hubiese permitido adivinar la presencia de la lancha en aquellas cercanías, era el ruido de sus máquinas. Pero el que producían las del buque en que iban Glenda, Jeffrey y los demás socios del «Club de la Sopa de Almejas», constituía, comparativamente con el de las otras, un verdadero estruendo.

La lancha estaba ya casi acostada al buque, sin haber dado ningún aviso previo, cuando la joven actriz y su prometido salieron del bar.

Ella se dirigió hacia su camarote. Reverenciosamente, Jeffrey Baxter permaneció en el dintel de la puerta.

—¿Para qué tanta formalidad?— dijo la hermosa muchacha, riendo— ¡Entra!

Como es natural, el abogado no se lo hizo decir dos veces. Se abrazaron y se despidieron con un beso.

—Buenas noches, Glenda—murmuró él, por fin—. Que descanses...

Y después añadió:

—Soñar bonito...

Dió media vuelta y se encaminó a su camarote, mascullando, con gesto de extraordinario descontento:

—¡Los que prohibieron casarse en el mar deberían ahogarse!

En aquel mismo instante, oyóse el rugido de las sirenas de la lancha policiara. El vapor se detuvo en seco.

—¿Qué ocurre?—preguntó el capitán.

—¡La lancha de la policía!—respondió el oficial de guardia.

—¿La lancha de la policía? ¿Y qué quiere la policía con nosotros, en este sitio y a estas horas? ¡Vaya unas ganas de fastidiar!

La lancha se había acostado al lado del buque.

—Listo, señor—dijo un marinero.

—Despacio.

Inmediatamente, arrojó una escala de cuerda y Bessemer empezó a trepar por ella con la agilidad de un felino.

El capitán esperaba órdenes en el puente.

Stephen, apenas hubo puesto el pie sobre la cubierta del barco, sacó de su bolsillo un pliego cerrado y lo entregó a un marinero, diciéndole:

—Tenga la bondad de dar esto al capitán, pero en sus propias manos, ¿eh?

El capitán, que aguardaba órdenes en el puente del navío, tomó la misiva y la abrió, leyéndola rápidamente.

Era un escrito del juez Clarke, acreditando a Stephen Bessemer ante

todas las autoridades para que le prestasen ayuda en cuantas gestiones realizase encaminadas a descubrir al autor o autores del misterioso asesinato del abogado Leo Young.

—Estoy a sus órdenes—le dijo.

—No esperaba menos de usted, capitán.

—Usted dirá en que puedo serle útil.

—Descarta dos cosas: una poderme quedar aquí durante los dos días que faltan de excursión.

—Desde luego no hay el menor inconveniente.

—Y luego, que no se publicasen ciertas noticias en el diario del buque...

—Por esa parte, no ha de pasar ningún ciudadano. A bordo no se publica ningún boletín.

—Mucho mejor, capitán. ¿Han observado a bordo algo anormal?

—No señor, no ocurre la menor novedad. Todo el mundo baila, salta, canta, se divierte, come, bebe... algunos en demasía, pero como llevamos una buena provisión de amoníaco...

—Perfectamente. No deseo nada más. ¿Tiene usted algún camarote disponible?

—Sí, señor.

—Deseo que sea uno corriente, a fin de no llamar la atención y pasar lo más desapercibido posible.

—Se hará como usted desea, señor.

Y el capitán, después de saludar correctamente a Stephen Bessemer, se reintegró a su puesto, diciéndose:

—¿Pero, se puede saber qué rediablitos debe buscar aquí este diablo de mal agüero?

••

A bordo del buque, casi nadie había dado la menor importancia al incidente. Pasados apenas cinco minutos desde que sonaron las sirenas de la lancha de la policía, anunciando su presencia, la embarcación reanudó su marcha, sin que casi se hicieran comentarios.

—¿Por qué nos hemos parado?

—Era una visita de la policía.

—¿A quién buscaba?

—Seguramente a nadie. Debía ser para comprobar si su documentación estaba en regla.

—Menos mal que no nos ha aguantado la fiesta.

Pero no todo el mundo se había tomado el asunto con indiferencia.

Glenda acababa de tenderse en el lecho cuando oyó la sirena y ni por un momento le cupo la menor duda de que se trataba de la lancha de la

policía, que su crimen se había descubierto y que iban en su busca con un mandamiento judicial.

Un terror pánico, un terror irracional, se apoderó de ella.

Sin saber casi lo que hacía, y no dándose cuenta de que con ello, en lugar de ponerse en salvo, lo que hacía era evidenciar más las sospechas que pudieran recaer sobre su persona, saltó de la cama, se envolvió en una capa y salió corriendo del camarote.

Dos o tres veces miró tras de sí, creyéndose perseguida. Se ocultó en un rincón, y por una de las mirillas vió como la lancha de la policía se alejaba...

¡Entonces, estaba libre!

¡No iban por ella!

Así lo creyó Glenda, y se dispuso a reintegrarse a su camarote.

Caminaba a paso lento cuando se dió de manos a boca con Jeffrey.

—¡Oh, Glenda! ¡Amada mía!— exclamó éste—. ¿A dónde vas a estas horas?

Y, sin reponerse de su sorpresa, añadió luego:

—Te creía acostada.

—No podía dormir—repuso ella, por decir algo.

El la tomó en sus brazos.

—¿Tiemblos?—dijo, estrechándola amorosamente contra su pecho—. Tienes frío... Entremos...

La llevó a su camarote. Esta vez, Baxter permaneció en él con Glenda.

Ya no la abandonó, como la vez anterior, deseándole soñar bonito, cuando él podía ofrecerle, mejor que ilusiones y deseos, las más dulces realidades...

—¡Te amo tanto!—aspiraba la bella muchacha—. Cuando te conocí dije...

—¿Qué dijiste?

—¡Qué presumido! Ahora no quiero decirte...

La despertó el sol, a la mañana siguiente, posando sus rayos sobre su frente, no tan ardientes como los besos de Jeffrey.

—¿Cuánto me amas?—preguntó ésta al verla despertar.

—¿Dónde estoy?—dijo ella a su vez, un poco extrañada.

—En mis brazos—repuso Baxter, volviéndola a besar.

—¿Dónde estamos?

—En mi camarote.

Ella calló un momento. Luego murmuró:

—¿Qué más te diré?

—¡Amor mío!—exclamó Jeffrey.

—No quiero privarte de nada—susurró Glenda con embeleso—. Quiero pasar estos tres días a bordo como habíamos pensado...

—¡Sí!

—... como si estos tres días fuesen nuestra vida!

—Tres días a los que seguirán trescientos; tres mil... con sus noches... toda la vida.

Era la hora del almuerzo. Salieron cada uno del camarote por distinta puerta, a fin de no llamar la atención y evitar que nadie se diese cuenta de la dulce aventura de que horas antes habían sido afortunados protagonistas. Dieron dos o tres vueltas por los corredores, y luego, se hicieron el encontradizo en cubierta:

—¡Hola, Glenda!

—¡Hola, Jeffrey!

Pero una sorpresa desagradabilísima esperaba a la joven.

Cuando más embelesada estaba hablando con su amado, distinguió la silueta de Stephen Bessemer.

Le conocía muy bien y sabía que era amigo de Leo Young.

Pero el amor dió fortaleza a su espíritu. Ahora que había conocido la felicidad, ahora que sabía lo que era el amor, se sentía animosa y valiente, dispuesta a enfrentarse con el mundo entero para defender su dicha.

—¡Caramba!—exclamó con la mayor naturalidad—, ¿Usted a bordo, Steve Bessemer?

—Ya lo vé—contestó éste, un poco desorientado por la serena actitud

de la joven, que a decir verdad no esperaba.

Y viendo que Jeffrey no decía nada a Stephen, la bella actriz añadió, dirigiéndose a su amante:

—¿No se conocen ustedes? ¡Ah! Perdonen...

—Solo de vista—dijo Jeffrey.

Glenda cuidó de hacer las presentaciones:

—Stephen Bessemer, abogado... Jeffrey Baxter, también hombre de leyes...

Los dos hombres se estrecharon la mano. A pesar de la aparente cordialidad de aquel gesto, al cruzarse las miradas, en sus respectivas pupilas, brilló una llama de desconfianza, casi de odio, como si tuviesen ambos a la vez la intuición de que no habían de tardar en medir sus fuerzas en una dramática contienda...

Bessemer estaba un poco confundido.

—O este hombre es muy listo—pensó—o no sabe nada.

Y, dispuesto a arrojar el guante, permaneció en actitud expectativa.

—¿Gusta usted pasear con nosotros?—dijo Glenda, con sencillez.

—Agradecidísimo... es decir, si no causo a ustedes molestia.

—¡De ninguna manera!—protestó ella.

—¡Al contrario!—asintió Baxter.



—¡No! ¡Por Dios!—
imploró Glenda.



Glenda, terminada
la representación,
se dispuso a quitarse
el maquillaje.



- ¡Dios mío! ¡Ayúdame!



- No puedo vivir
sin ti, Glenda.



- ¿Sabía carmín? -
preguntó el doctor.



- Te amo, y daría
mi vida por ti...



- Quiero estar siempre
con contigo.



- No, no quiero verte
- dijo respetuosamente
Glenda.



- ¡El bar está abierto!



- Estoy a sus órdenes
- dijo el capitán.



- Estás en mis brazos, Glenda...



- ¡Virgencita mía, no me abandones!



- ¡Caramba! ¡Que agradable sorpresa!



Los dos amantes juguetaban como dos locos dentro del agua.



- Caimale, querida.
Tenemos que seguir.
Niega todo.



- ¡Comerciante, eh!
- preguntó Jeffrey
Baxter con sorna.

Y mentalmente:

—¡Tanta gente que se cae al agua y se ahoga, y no podía haberle ocurrido lo mismo a este pelma que ahora viene a estropearnos la mañana!

—Vamos a tener un espléndido viaje—comenzó diciendo Bessemer—. Y crean que me hace falta aprovechar estas vacaciones.

—¿Ah, sí?—preguntó la joven.

—Sí, señorita. He trabajado como nunca...

Y, aparentando no dar importancia al asunto:

—¿Ha sabido usted algo de Leo?

La bella joven guardó silencio.

—Le pregunté por Leo...—insistió Bessemer al cabo de un rato— ¿No me oyó?

—¡Ah! Leo...—dijo Glenda, como quien tiene que realizar un esfuerzo de memoria para evocar un pasado muy lejano—. Sí... Leo Young. ¿No está en Europa?

—¿No le escribe más?

—No; ya no me escribe.

—Excelente amigo, Leo...—pronunció Steve. Y dirigiéndose a Jeffrey, añadió: —¿No le conocó?

—Muy poco...

La conversación languidecía. Por otra parte, a pesar de los esfuerzos de Bessemer, Glenda O'Brien persistía en no querer picar en el anzuelo. Resolvió acabar con aquella situación embarazosa para todos:

—Con permiso de ustedes, voy a desayunarme... Mucho gusto.

Y, mientras se despedía:

—Luego nos veremos—terminó diciendo.

Pero en lugar de dirigirse al comedor, el abogado se encaminó hacia el camarote del radiotelegrafista de a bordo.

—¿Le mandó una nota el capitán?—preguntóle.

El telegrafista, sin dejar de manipular sus aparatos, le contestó afirmativamente con un gesto.

—Tome este radiograma.

El otro alargó la mano. Pero Bessemer advirtió que no le comprendía.

—No quiero mandarlo. Quiero recibirlo. ¿Me entiende?

—La verdad...

—Escribalo en una hoja como si lo hubiese recibido...

—Perfectamente.

Y Steve comenzó a dictar:

—Steve Bessemer... Vapor «Florida»...

Luego dió media vuelta, saludó al telegrafista y abandonó la cabina.

—Vamos a ver como se desarrollan las cosas—pensó—. La labor no es fácil.

Se sentó a tomar un coctel en el bar, a aquellas horas solitario, porque casi todo el pasaje estaba paseando por la cubierta, y allí se abismó en un sin fin de meditaciones.

—Es indudable que esta china no es un típico vulgar... Como lista, tengo que reconocer que lo es. Para vencer a las mujeres, se necesita astucia y castela, y mucho más en el caso de ésta, que tiene mucha experiencia a pesar de sus pocos años. En las tablas, es una comedianta perfecta, y en la vida real, creo que es capaz de superarse a sí misma. En fin, veremos.

Desplegó el radiograma falso, que había dictado momentos antes y lo leyó dos o tres veces.

—Me parece que he dado en el clavo, ¿Qué dirá Glenda cuando lo vea?

Bebió un sorbito de la complicada mezcla de licores que con exquisito refinamiento le había compuesto el «barman» y dijo para sí:

—Un abogado contra una comedianta... ¿Quién vencerá a quién? Al fin y al cabo, en la mayoría de las ocasiones, los abogados no somos más que eso: comediantes. Emplemos la elocuencia del histrión y provocamos con latiguillos el entusiasmo de la galería añadiendo por nuestra cuenta cosas que no están en el papel... No hay más que una diferencia, y es que así como los actores saben como ha de terminar el drama, en casi todos los casos, nosotros ignoramos el desenlace.

Llamó al camarero y le tendió unas

monedas. El sirviente se inclinó pronunciando un correcto «Muchas gracias, señor» y se retiró. Stephen Besmer se levantó de la silla de mimbre sobre la que había estado sentado y guardándose otra vez el radiograma en el bolsillo, se dirigió hacia cubierta.

Hacia un día espléndido. Lucía un sol radiante y ni una leve nubecilla empañaba sus rayos. El agua era de una limpidez y una transparencia extraordinarias y, en el horizonte, la enorme masa líquida se confundía con el azul del cielo.

El «Florida» avanzaba a escasa velocidad sobre un mar cuyos olas eran tan quietas que apenas se producía balanceo.

La mayor animación reinaba sobre cubierta. Las parejas, cogidas del brazo, coartan y chillaban, persiguiéndose unas a otras. En un extremo, unos cuantos excursionistas jugaban a la gallina ciega. En otro, se celebraba un partido de fútbol, cuyo balón era un coco que habían hecho traer de la cocina. La gente iba y venía sin cesar.

De pronto, Stephen Besmer se fijó en una muchacha a quien conocía del «Club de la Sopa de Almeja».

—¿Ha visto usted a Glenda O'Brien?—le preguntó.

—Sí—respondió la joven—. Está ahí.

En efecto: la bella actriz se hallaba, recostada contra un mastelero, no muy lejos del lugar donde estaba Bessemer.

—Perdone—dijo ésto, acercándose reverenciosamente a la joven—. No la había visto.

Ella sonrió forzadamente.

Cada vez estaba más convencida de que Steve le tendía un lazo para hacerla caer en las garras de la justicia.

Sin embargo, había un hecho que, en parte, tranquilizaba a la amante de Jeffrey Baxter, y era que la visita hecha durante la noche por la lancha de la policía, no había tenido consecuencias.

A lo menos, así lo suponía Glenda.

—Celebro mucho haberla encontrado—comenzó diciendo Bessemer.

—Para mí ha sido también una verdadera satisfacción—añadió ella, haciendo todo cuanto podía por ocultar sus baterías.

—Hace mucho rato que estaba pensando en usted—volvió a decir Stephen.

—Yo también me decía: «¿Dónde debe estar el señor Bessemer, que no le he visto en toda la mañana?»

—Precisamente, desearía enseñar a usted algo...

—¡Oh! Muy amable... ¿De qué se trata?

—De un radiograma que tengo en el bolsillo. Véalo.

Aparentando la mayor indiferencia, el abogado sacó de su cartera el radiograma que había hecho escribir al operador del buque y lo tendió a Glenda.

Esta alargó la mano y tomó el rectángulo de papel, pero al observar que iba dirigido a Bessemer, dijo:

—¡Ah! Yo creía que era para mí...

—No, señorita. No es para usted. Pero es lo mismo.

—En este caso... no sé si debo... Temió cometer una indiscreción.

—No hay indiscreción posible en una muchacha bonita, y menos aun cuando esta muchacha bonita es usted.

—Entonces, lo abro...

—Sí. Es cosa de un minuto. El radiograma no es para usted, pero en él se habla de usted.

—¿Se habla de mí? — preguntó Glenda, procurando conservar la serenidad de ánimo—. La verdad, no comprendo...

—Ya lo leerá.

Esta vez, la joven hubo de hacer un verdadero esfuerzo para contener sus nervios y no delatar el estado de verdadera inquietud y ansiedad en que se hallaba.

Desdobló el papel, y con la sor-

presa que es de suponer, leyó lo siguiente:

Stephen Bessemer,

Vapor Florida.

Alégrame saber de ti y de Glenda. Dile que la perdono por el trancazo en la cabeza. Me lo merecía. Deseóla felicidades. Saludos.

Leo.

Bessemer observaba a la muchacha con la mayor atención. Esperaba sorprender en ésta un gesto de sorpresa, de alarma, que la delatara.

Pero no.

Una vez Glenda hubo leído el documento, hizo un gesto de extrañeza e indiferencia a la vez, volvió a doblar el papel y lo devolvió al abogado, diciendo:

—No comprendo.

Esta vez, fué Bessemer quien se encontró en una situación difícil. Pero supo salir del paso, contestando a la actriz:

—Yo tampoco.

—¿Entonces...?

—Precisamente porque no comprendo es por qué lo he traído.

—¿Cómo?

—Sí. Cuando lo lei, supuse que se había disgustado con Leo y le dió un golpe en la cabeza...

—Hace seis meses que no le veo.

Stephen comprendió que por aquel lado no había nada que hacer.

—Esta mujer me va resultando mucho más lista de lo que yo me creía —pensó— y seguramente no «cantará» como no se vea abrumada por una serie de pruebas introvertibles... Y lo peor de todo es que no las tengo, ni sé de dónde sacarlas...

Hizo una reverencia y se despidió de Glenda O'Brien, que, aunque aparentara lo contrario, había recibido un choque tremendo con la lectura del radiograma que le había mostrado Bessemer.

—¡Es un ardid!—dijose aquella en cuanto hubo quedado sola—. ¡Es un ardid para hacerme caer en la trampa, de eso estoy segura!

Y luego, reflexionando más serenamente:

—¿Lo habré hecho con ayuda de la policía?—pensó.

El abatimiento se iba apoderando nuevamente de su espíritu.

—Ya lo sabía que sospecharían—exclamó para sí.

Pero una reflexión desconcertante acudió después a su cerebro:

—Si sospecha de mí, ¿por qué calla?

Esto era el aspecto más sorprendente de la actitud misteriosa de Stephen Bessemer.

—¿Cómo lo haré?—volvió a preguntarse Glenda—. ¿Se lo diré a Jeffrey?

Ella estaba segura de que, caso de

llegarse a ver comprometida, su amante la salvaría.

—Si se lo dijese...

Y mentalmente, añadió:

—Habríamos sido tan felices...

Estaba decidida. Correría a buscar Baxter a su camarote y le revelaría la verdad, toda la horrible verdad, sin ocultarle el menor detalle. El era un hombre de leyes tan hábil como astuto, había ganado infinidad de procesos y su nombre adquiría cada vez más relieve y prestigio en el foro. ¿Qué no haría Jeffrey Baxter por salvar a la mujer amada?

—Debo decirlo a Jeffrey—dijose resueltamente.

Corrió en su busca. Pero, otra con-

sideración le detuvo a medio camino, haciéndola renunciar a su propósito:

—¿Si no es verdad, por qué he de hacerle sufrir?

Sí. Lo mejor era no hacer nada y esperar. El fatalismo, en algunos casos, tiene sus ventajas.

—¿Qué pensaría Bessemer?—reflexionó.

Y cayendo de hinojos ante una imagen sagrada que tenía en su camarote, exclamó entre sollozos:

—¡Oh, Virgencita mía! ¡Ayúdame! ¡No me abandones!

Mientras tanto, el infatigable Bessemer maduraba un plan que había de llevarle a la más completa victoria o al más rotundo fracaso.

UNA FIESTA A BORDO

—Mi querido amigo: encuentro que el tiempo es espléndido, la nave magnífica, y su capitán, mejor que todo eso reunido. Pero aquí, uno se aburre espléndidamente.

El capitán del «Florida» se inclinó reverenciosamente ante Bessemer por el cumplido que acababa de dirigirle.

—Sí, capitán, sí. Esto es monótono, insípido...

—Pero, mister Bessemer: si la gente se encuentra aquí más contenta que si esto fuese un Paraíso Terrenal con serpiente y todo?

—¡Claro! Porque como la mayoría son parejas slocadas, a quienes esta excursión marítima sirve de pretexto para alejarse de los medios en donde les conocen y podrían criticar sus dulces excesos...

—Dulcísimos excesos—rectificó el capitán, que, por lo visto, también tenía su corazoncito.

—Pero como yo no tengo pareja—siguió diciendo Bessemer—estoy aquí más aburrido que una ostra o que un oso que ha perdido el húngaro.

—Paree búsquela usted, la pareja—siguió diciendo con tono jocoso el capitán del buque—. No me parece cosa muy difícil...

—¿Cómo no va a ser difícil—repuso Stephen—si aquí ha venido cada uno con su cada una?

—Eso es muy cierto, querido señor Bessemer...

—¿Entonces?

—...es muy cierto, pero usted ha olvidado un detalle importantísimo, y son las largas horas que llevamos de navegación. ¿Usted cree que después

de tantas horas de estar junto, muchos tórtolos no están a punto de romper las relaciones con sus respectivas tórtolas?

Bessemer, ante aquella respuesta del capitán, no pudo menos que echarse a reír.

—A estas alturas, y no hablo en términos de navegación, naturalmente, sino de galantería, lo aseguro a usted, señor Bessemer, que si yo no fuese el capitán del barco, tendría menos trabajo en echarme una novia entre las lindísimas chiquillas que forman parte de la excursión que en hacer rizar una vela.

—¡Pues no se expresa usted en términos poco... estimulantes! — exclamó echando otra carcajada el socio de Young—. Tan elocuente está usted que estoy por seguir su consejo.

—Nadie se lo impedirá.

—Eso quiere decir que cuento, sino con la complinidad, por lo menos con la... neutralidad del capitán, ¿no es eso?

—Neutralidad, sí señor; esa es la palabra. Pero, si quiero sustituirla por «simpunidad», por mí no hay inconveniente.

—Bueno; eso me parece muy bien, pero, ¿y usted, no se divierte?

—Yo aquí, amigo, no. Aquí soy el capitán de la nave, y nada más. Donde me divierto, es en tierra.

—Y a bordo hace usted de persona seria.

—Exacto. Es la única manera de imponer la disciplina, tanto a la tripulación como al pasaje. En caso de peligro, de amenaza, de disturbio, yo he de mandar aquí por encima de todo y contra todo. Un capitán dispone, dentro de su buque, de unas atribuciones y unos poderes superiores a los que tiene cualquier jefe de estado del país sometido al régimen más absoluto. A nadie tiene que dar cuenta de nada. Únicamente tiene un inconveniente tan omnimoda autoridad, y es que entraña los mayores peligros. Nadie tiene mayores atribuciones, pero nadie tiene mayor responsabilidad. En caso de naufragio, a hacer que se salven, primero, los pasajeros, después, la tripulación y una vez todas las vidas en salvo, esperar en el puente el momento del hundimiento del buque, y desaparecer con él en el fondo de los mares sin otra salva que el fogonazo del tiro de revolver... La perspectiva, como usted vé, no es muy agradable, pero es la ley del mar, y el que la abraza, ya sabe a lo que se expone. Por lo demás, yo me encuentro muy bien siguiendo esta carrera y no la cambiaría por el trono más rico de cualquier estado de la decadente Europa.

Y el capitán, con indiferencia, lle-

nó su pipa de buen tabaco de Virginia que llevaba en una bolsa de tiras de cuero trenzado. La encendió, aspiró una bocanada de humo y se abismó en la contemplación del horizonte purísimo, en el que se fundían, sin llegar a distinguirse ninguna línea divisoria, el agua y el cielo.

—Se me acaba de ocurrir una cosa, capitán—dijo bruscamente Beasemer—. Usted no quiere divertirse, pero creo que no puede impedimos que los pasajeros le divirtamos a usted.

—No comprendo...

—¡Sí, hombre! Se trata de organizar una fiesta a bordo, en honor de usted.

—¿Una fiesta en honor mío?

—Sí, hombre! Al estilo de esas que se celebran en los grandes trasatlánticos cuando se pasa el Ecuador...

—¡Ah, sí!—repuso el capitán riendo—. Y donde se dan unos gemelos con un hilo tendido en medio de la lente, para que la gente mire y vea «la línea»... ¡Muy bien, señor Beasemer, muy bien!

—¿Accede usted?

—¿Cómo iba a oponerme? Pero, ¿es que ha hablado usted con los pasajeros?

Steve se quedó mirando fijamente al capitán.

—¡Hombre!—le dijo—. Si lo hubiese dicho al pasaje, entonces la

cosa no tendría absolutamente ninguna gracia. Aquí de lo que se trata, es de sorprender a la gente con una improvisación. Eso será, precisamente, lo chusco del asunto. ¿Qué opina usted?

—Amigo: en este asunto, cada uno se divierte como puede, como sabe y como le gusta. Quiero decir, que a su mano lo dejo.

—Perfectamente. Me parece que tendrá usted un buen recuerdo de ella.

—¿Y para cuándo va a ser?

—¡Cuándo quiere que sea! Esta misma noche. De momento, voy a preparar las invitaciones. ¿Tiene usted papel con membrete de a bordo?

—¡Ya lo creo!

—Pues si tiene la bondad de proporcionarme unos cuantos pliegos, pondré en seguida manos a la obra, y practicaré mi letra redondilla, que en los ya lejanos tiempos de mis exámenes de caligrafía me proporcionó un verdadero éxito entre mis compañeros...

El capitán encontraba todo aquello un poco raro. La locuacidad de Stephen Beasemer, hasta entonces tan adusto y reservado, le parecía sospechosa. Pero no dijo una palabra ni opuso la más leve observación. Como buen marino, era un hombre disciplinado hasta la médula, respetuoso

con todos los poderes constituídos en el mundo y obediente para con todas las autoridades. El juez Clare le pedía diera al abogado Bessemer todas las facilidades que solicitase el interesado, y el capitán las concedía, sin preguntarse a quo iban conducidas ni la finalidad que perseguían.

Acompañó, pues, a Steve, a su propio camarote, donde le ofreció papel, tintero y pluma, pues la plumilla de su estilográfica no era a propósito para perfilar los primores caligráficos de Bessemer. Este tomó un pliego y trazó sobre él, con impecable letra, la siguiente invitación:

NOCHE DEL CAPITAN

El capitán del vapor Florida tiene el honor de invitar a todos los pasajeros al gran baile de disfraces y a una noche de alegría.

Stephen Bessemer

Maestro de Ceremonias

Para disfraces dirigirse al Salón de Peluquería.

—¿Qué le parece a usted? — preguntó el abogado.

—¡Hombre! — se permitió observar el capitán—. Esto no es lo que habíamos dicho...

—¿Por qué no?

—Habíamos quedado que era una fiesta en honor mío, y ahora resulta que soy yo quien la ofrezco...

—¡Naturalmente! — exclamó Steve—. ¿Y la jerarquía? ¿Y el respeto a su persona? ¿Y su prestigio?

—¿Qué quiere usted decir?

—¡Hombre! Pues me parece que está bien claro. Repito sus mismas palabras de hace un rato. A bordo, es usted el primero, y no existe autoridad alguna superior sobre su persona. Por consiguiente, es usted quien da la fiesta, porque es el único autorizado para organizarla. Pero, descuide—añadió riendo Stephen—que eso no le ocasionará la menor molestia, puesto que yo, como maestro de ceremonias, cuidaré de todo, y espero que me saldrá bien hasta en los menores detalles, porque, modestia aparte, tengo bastante práctica en estos menesteres, lo que me ha valido lisonjas muy halagadoras en la alta sociedad neyorkina...

Mientras hablaba así, el abogado seguía llenando infatigablemente pliegos de papel. Cuando hubo terminado su labor, dijo al capitán:

—Ahora necesitaría de su amabilidad me proporcionase dos cosas.

—Lo que usted pida.

—En primer lugar, la lista de los pasajeros, y, en segundo, unos sobres.

—Voy a darle en seguida una cosa y otra.

El capitán, muy servicial, abrió un cajón de la mesa de su despacho y dió una caja de sobres al Bessemer.

Luego, salió breves momentos de la estancia y regresó con un cuaderno forrado de hule.

—Aquí está la lista—dijo.

—Perfectamente. Dentro de pocos minutos, estará todo listo. ¡Ah! Necesitaré algo más.

—Usted dirá.

—Un marinero que tenga cara de tonto, a ser posible. Hará más efecto.

—¿Pienso usted disfrazarlo?

—Nada de eso. Pienso utilizarlo para que reparta las invitaciones, una a una. ¡Ya verá qué cara pondrán los pasajeros! ¡Son capaces de elevarle a usted un monumento en señal de gratitud, porque la fiesta será memorable y habrá muchas sorpresas en ella, eso se lo aseguro!

—Este hombre me resulta cada vez más enigmático—se dijo el capitán—. Si no es porque estoy seguro de su identidad, y de la autenticidad de la carta del juez Clarke, empezaría a tener sospechas... Se conduce de un modo tan sospechoso, tan raro... En fin: suerte que no tardaremos en rendir viaje y me quitaré de encima a este individuo, porque ya me va cargando con sus cosas.

Llamó a un marinero y, sin darle otras explicaciones, le habló así:

—John: tome estas cartas que le daré este señor y entréguelas a sus respectivos destinatarios. Hay una para cada pasajero. ¿sabe?

—Perfectamente. A sus órdenes—contestó el interpelado saludando respetuosamente.

Momentos más tarde, las invitaciones estaban listas y el marinero salió a repartirlas.

—Bueno, capitán—dijo Bessemer—. Muchas gracias por todo. Y ahora a esperar la noche para divertimos...

..

No hay que decir la alegre sorpresa que en el ánimo de los expedicionarios causó la noticia de aquella noche habría a bordo «fiesta grande».

Lo que nadie supo explicarse satisfactoriamente, fue el por qué Stephen Bessemer, aquel hombre que había aparecido en el «Florida» como flovido del cielo, era el maestro de ceremonias.

Cuando Glenda recibió la invitación, no pudo menos que sorprenderse. Tenía sus motivos para recelar de Steve. Sin embargo, estuvo muy lejos de pasar por su pensamiento la idea de que ella iba a ser la protagonista de la misma.

En cuanto a Jeffrey Baxter, ajeno a cuanto ocurría, leyó la invitación con indiferencia.

—¿Iremos, verdad?—dijo la joven.

El hizo un gesto vago.

—No tenía el menor interés...—dijo—. Me hubiese gustado mucho más —y bajó la voz— estar a tu lado... pero solos. Ahora, que si es de tu agrado...

—No tenemos más remedio que ir, Jeffrey. ¿Si no nos veían, qué pensarían de nosotros?

Un leve carmín subió a sus mejillas de raso.

—Pues pensarían... ¡la verdad!—dijo Jeffrey, echándose a reír.

Glenda hizo un gesto de enfado.

—Hay cosas que no deben recordarse sino en la más absoluta intimidad... y que sólo pueden evocarse con pasión, pero nunca con orgullo.

Baxter bajó la cabeza.

—¿Te he ofendido, vida mía?

—No. No me has ofendido, pero me ha molestado que te expreses tan a la ligera sobre cosas que...

El oprimió dulcemente su manecita.

—Perdóname—la dijo—. Los hombres, aunque no queramos, aun a pesar nuestro, somos siempre un poco brutales.

—Prométeme no volver a serlo.

—No lo prometo, ¡lo juro!

Y Glenda premió el juramento con una mirada llena de ternura...



La fiesta iba a dar comienzo.

La piscina del buque y los alrededores de la misma eran el lugar escogido por Bessemer para marco de aquella improvisada «soirée».

Todo el mundo hubo de confesar que el abogado había hecho muy bien las cosas.

Todo el mundo había acudido allí y aunque la guardarropía de que podían disponer no era abundante, el ingenio y la iniciativa de las muchachas que tomaban parte en la expedición, había obrado milagros, combinando e improvisando vistosos y alegres disfraces.

Bessemer recibía a cada momento felicitaciones.

—¡Es usted un maestro de ceremonias ideal!—lo dijo una joven.

—¡Oh! ¿Y usted una muchachita encantadora?

—Muchas gracias, señor Bessemer. Pero, ¿qué no baila?

—Si esa pregunta envuelve una invitación al vals... aunque lo que está tocando en este momento la orquesta es un «blues», digo que sí.

—¿Y si no lo fuese?

—Daría por bien empleado haber recibido un chasco de usted, pués que me habría permitido estar un momento contemplando su lindo rostro.

—Pues bien: su galantería vale bien un «blues»... aunque con ello la concurrencia se vea privada durante unos minutos de la actuación del maestro de ceremonias ideal que ha tenido esta noche.

Bessemer ofreció su brazo a la joven y empezó a bailar. Pero sus ojos aunque en apariencia se recreaban en la arrebatadora belleza de la joven, se desviaban discretamente, de tanto en tanto, procurando que su pareja no se diera cuenta.

—¡Ahí está Glenda!—se dijo, de pronto.

En efecto; acababa de reconocer a la linda actriz en una experta bañista que, junto con Jeffrey, estaba jugando y bromeando en la piscina.

Cuando el baile hubo terminado, Stephen acompañó a su bella pareja hasta una butaca de mimbre donde ella se dejó caer. Ofrecióle un refresco y luego, antes de que la orquesta reanudara sus funciones:

—Muchísimas gracias, señorita, por su atención, y ahora permítame que me restituya a mi cargo de maestro de ceremonias.

Mientras pasaba junto a un hombre que le miraba hacia rato, Bessemer le deslizó al oído:

—Cuando me pase el pañuelo por la frente...

—Cuando lo haga, hablaré—completó el desconocido.

—Así es—se limitó a añadir el abogado.

Y, colocándose en el centro del grupo que formaban los excursionistas.

—¡Señoras y caballeros! — exclamó—. ¿Me permiten su atención?

—Va a hacernos algún juego de manos—dijo una de las muchachas.

—O quizá nos espete algún discurso haciendo burla de la política—observó una dama, que ya pasaba de los cuarenta.

—¡Debe querer organizar un concurso de belleza!—exclamó una joven, muy presumida y exageradamente pintada, pero con quien no se había mostrado muy amable la madre naturaleza.

—Señoras y caballeros — repitió Bessemer—. Yo quería obsequiar a ustedes con un espectáculo nuevo. Algo que rompiese los moldes de lo corriente, que tuviese una nota de originalidad. Desgraciadamente, no se me ha ocurrido nada, porque mis conocimientos en cuestiones espectaculares son escasísimos...

—¡No, no! — protestaron varios concurrentes—. ¡Está usted actuando magníficamente!

—Muchas gracias— y Bessemer se inclinó ante el auditorio—. Son ustedes muy amables... y estas benévolas manifestaciones mías me compensan con creces de todo el ajetreo

que he pasado esta tarde organizando la fiesta... Bien. Como les he dicho, quería hacer algo nuevo... y se me ha ocurrido que hagamos una parodia, pero una parodia lo más en serio posible, de la administración de justicia. No sé si será una cosa muy divertida, aunque a mí me parece que sí. En todo caso, lo que sí puedo afirmar, es que yo quedaré bien, pues ya saben ustedes que las cuestiones judiciales son mi fuerte...

—¡Muy bien! ¡Muy bien! — exclamaron los concurrentes, a coro

—Entonces, y previa la venia de toda la distinguida concurrencia, vamos a celebrar un juicio. ¿Les parece bien?

—¡Espléndido! ¡Superior! — gritaron todos.

—Este hombre es, verdaderamente encantador—dijo la muchacha con quien antes había bailado Bessemer.

—Y sabe sacar partido de todo—observó otra joven.

—¡Lástima—dijo una tercera— que no se pueda decir que está en la primera juventud!

—Señoras y señores—siguió diciendo Stephen—. Celebraremos un juicio por quebrantamiento de promesa...

—¡Eso, eso! — gritaron varias voces femeninas.

—Se trata de una joven hermosísima que presenta una demanda por

tres millones de dólares en concepto de daños y perjuicios por haberla dado palabra de casamiento, dejándola incumplida. Según los antecedentes que obran en el sumario, la hizo la corte durante varios meses, la regaló automóviles, brillantes, abrigos de pieles... y después, si se he visto no me acuerdo.

—Una pregunta aclaratoria, señor Bessemer—dijo una linda chiquilla que no debía haber cumplido los dieciséis años. ¿Dice usted que reclama tres millones?

—Sí, señorita... suponiendo que el banquero no haya quebrado, que es una cosa más corriente aún, que dejar a una chica compuesta y sin novio... a pesar de que esto ocurre a docenas de veces por día.

—¿No dice usted que le regaló automóviles, brillantes y abrigos de pieles?

—Sí.

—¿Y reclama tres millones de dólares?

—Sí, señorita. Por indemnización de perjuicio, como se dice en términos jurídicos.

—¡Pues—exclamó la chiquilla riendo—no veo el perjuicio!

—Aquí está el jurado—continuó Steve, designando a la concurrencia—. Y ahora, decidiremos por la suerte quien será la demandante.

Sacó del bolsillo un montón de

papeles cuidadosamente plegados y prosiguió:

—He apuntado los nombres de treinta lindas muchachas... La suerte se encargará de decidirlo.

Tomó uno al azar y lo desplegó.

—Miss Glenda O'Brien—pronunció—ha resultado ser la demandante.

Los concurrentes se miraron entre sí.

—Glenda no está aquí—dijo una joven—. Está en la piscina, bañándose con el señor Baxter...

—Pues bien: ¿sería usted tan amable de ir a buscar a Glenda?

—Con mucho gusto.

Mientras la joven se acercaba a la pareja, Bessemer llamó a un hombre grueso y rechoncho, que estaba bañándose, ajeno a todo lo que decía el abogado y le preguntó:

—Mister Osgood, ¿quiere subir a presidir el juicio?

El interpelado volvió la cabeza.

—¿Quién, yo?

—Naturalmente... Tiene usted un continente severo, majestuoso, y encarnará a maravilla la representación de la justicia y de la ley.

—Tendría que vestirme...

—Hágalo. No tenemos ninguna prisa. ¿Verdad, señores del jurado?

—¡Ninguna! — exclamó uno de los más alegres componentes del «Club de la Sopa de Almejas»—. Aunque tengamos que dictar ver-

dicto cuando se haga de día... Será muy bonito y muy simbólico: «El sol de la justicia iluminando el nuevo día y rasgando las tinieblas del delito»...

—¡Muy poético! — dijo Bessemer, estallando en una carcajada sonora—. ¿En qué novela ha leído usted eso tan bonito, joven?

Mientras tanto, el buen Osgood se había encaramado pesadamente a la escalercilla de la piscina, cuyos pedales ascendió trabajosamente, mientras murmuraba:

—Dispensen: vuelvo en seguida.

—Aquí está el juez Osgood—siguió diciendo Stephen—. ¿Qué les parece?

—Bien cebado—observó un concurrente.

—¿Ese es el jurado?—preguntó Osgood.

—¡Somos el jurado! — exclamaron a coro todos los concurrentes.

—¡Pues, vaya un jurado! — repuso Osgood, riendo de buena gana.

Después, hizo un movimiento con los hombros.

—Tengo frío.

—No vaya a morir—dijo el abogado—. ¿Dónde tiene usted su traje, hombre de Dios? ¿O es que cree que se puede presidir un Tribunal, y menos aun un Tribunal de esta categoría, en cueros vivos?

Se volvió hacia una señora que cu-

bría sus hombros con una espita blanca y la dijo, reverenciosamente:

—¿Quiere prestárselo?

—Con mucho gusto.

—Bien. En agradecimiento, haré de testigo principal.

Con mucho trabajo pudieron poner la espita a Osgood, que ya hubiese necesitado de un ancho por lo menos doble. Apenas si le cubría parte de las espaldas. Todo el mundo reía a mandíbula batiente.

—¡El arriño simbólico de la justicia!—exclamó el abogado, señalando la espita.

Se repitieron las carcajadas, tras de lo cual, Bessemer designó la mesa semi-circular donde estaba instalado el bar.

—¡Aquí, la barra!—añadió—
¡Paso a la justicia!

Contoneándose con una gravedad cómica, como correspondía a las circunstancias, Osgood tomó asiento en uno de los taburetes del bar, colocándose tras de la mesa.

—¿Va usted a dictar su fallo o a prepararnos un coctel—le dijo un chusco.

Pero el otro no contestó y con voz grave pronunció:

—¡Audiencia pública!

—Magnífico, mister Osgood—dijo Stephen—. Está usted «metido» en su papel.

—Estoy metido entre unos cajones

de botellas—contestó el improvisado juez.

En aquel momento, Bessemer se acercó a Evelyn, la amiga de Glenda, que formaba parte de la excursión.

—Cuando la interrogue—la dijo—conteste lo que guste.

—¡Si supiera usted cuanto me gusta que me interroguen!—repuso la joven. Y volviéndose hacia su novio, que estaba al lado de ella, añadió:

—¿Y tú, Tony?

—¿Yo?—exclamó Tony—. Depende de las preguntas...

—Declararé que yo también la conocía y exigiré parte del dinero—dijo riendo Evelyn.

Y añadió, dirigiéndose a Bessemer:

—¿Bueno?

—¡Estupendo!—contestó éste.

En aquel momento, Glenda, después de haber abandonado la piscina, llegaba, junto con Jeffrey, al lugar donde se había de celebrar el falso juicio.

—¡Ahí viene ella!—exclamaron a coro todos los componentes del «jurado». ¡Ahí viene ella!

—¡La demandante!—añadió un socio del «Club de la Sopa de Almejas».

—No se comprende que siendo tan hermosa la novia, el banquero la abandonara. Me parece que conmo-

verá el jurado y obtendrá una sentencia con todos los pronunciamientos favorables—dijo otro.

—Se trata de una broma... —dijo Bessemer a la actriz.

—No me gusta —replicó ella con desabrimiento.

—Un juicio en broma por quebrantamiento de promesa...

—Yo seré su abogado —dijo Jeffrey.

—¿Qué tengo que hacer?—interrogó la amante de Baxter.

—Ahí tiene el banquillo...—siguió diciendo Bessemer—. ¿Gracioso, eh?

—¡Protesta, denogada!—interrumpió el juez Osgood.

Jeffrey seguía la broma de muy buena gana. Se colocó junto a Glenda y la dijo:

—Pon la cara triste... que revele dolor...

Y, dirigiéndose al «jurado»:

—No pretendo hacer un discurso—comenzó diciendo—. Los motivos que alega mi patrocinada para plantear su reclamación, son de orden tan respetable que ellos solos bastarán, sin que yo me extienda en largas consideraciones, ni invoque fundamentos de derecho, ni cite textos legales, para obtener de la rectitud y nobleza del jurado un veredicto conforme a sus deseos. Mi patrocinada os participará su aflicción...

Y añadió:

—A propósito, señor juez. Como me he encargado a última hora de la defensa de esta pobre muchacha ultrajada en lo más íntimo y delicado de sus sentimientos, no me acuerdo de su nombre... ¿Sería tan amable de decírmelo?

La concurrencia estalló en risas agudas. Glenda, mientras tanto, seguía representando la comedia iniciada por Bessemer:

—No tengo ocupación... ni dinero... Tengo hambre...

—¿Han oído, señoras y señores del jurado?—gritó Jeffrey, con tono declamatorio.

—¡Me parte el corazón!—exclamó no pudiendo contener la risa, uno de los asistentes a la fiesta.

—A mí me pasó lo mismo con la mujer que tengo—dijo otro—. Al principio, también me partía el corazón. Ahora, lo que estuvo a punto de partirme fué la cabeza, la otra madrugada que regresé a las cinco de la madrugada, con dos litros de champán en el colete y un vestido de gasa de señora en el bolsillo del pañuelo de mi smoking... ¡Esa mañana que tienen hoy día las mujeres de llevar trajes tan costos y vaporosos, da lugar a unas confusiones lamentables!

En aquel momento, Bessemer se sacó del bolsillo un pañuelo, lo pasó por su frente bien ostensiblemente y

se quedó contemplando al hombre con quien había hablado momentos antes de comenzar la fiesta.

—¡Un momento!—dijo el desconocido.

Todos volvieron la vista hacia él.

—¡Ahora vamos a celebrar la vista de una causa por crimen!

Guardó un silencio y preguntó:

—¿Qué les parece? Digan todos si quieren que se vea la causa por crimen.

—¡Sí, sí!—dijeron a coro los concurrentes—. ¡Queremos crimen! ¡Queremos crimen!

—Muy bien—dijo con tono glacial Bessmer—. Vamos a tener una vista por crimen.

Los ojos del abogado brillaban en aquel momento con un fulgor extraño. La expresión de Stephen era la de un hombre que ha estado esperando con impaciencia un momento que tardaba en venir, y que se abalanzaba de presentarse impensadamente. Su rostro reflejaba una emoción que a duras penas podía contener, como si fuera a llevar a cabo la hazaña más brillante de toda su vida.

—Bien—repitió—. Una vista por crimen.

EL PROCESO DE GLENDA

La joven actriz no pudo reprimir un gesto de ansiedad al oír las palabras del abogado Stephen Bessemer.

Jeffrey Baxter, que, ignorante de todo cuanto había ocurrido, continuaba siguiendo la broma del mejor buen humor, dijo a Glenda:

—Deja que te defienda.

Ella le contempló con una mirada que él creyó solamente de pasión y de cariño, pero cuya verdadera significación no debía conocer hasta mucho después.

—Tendré que actuar de fiscal—pronunció Stephen—. Como la hora empieza ya a ser bastante avanzada, y no es cosa de entretener al auditorio, quiero decir, al jurado, entreteniéndome en inútiles disquisiciones, comenzaré inmediatamente mi infor-

me acusatorio. ¿Les parece a ustedes bien?

Todo el mundo, y Baxter el primero, asintieron.

—¡Sí, sí! ¡Venga la acusación!—gritaron.

La única que guardaba silencio, era Glenda O'Brien.

—Supongamos—empezó a decir Bessemer—que un joven abogado de gran porvenir, llamado Leo...

Glenda palideció como una muerta.

—¿Te encuentras mal?—dijo Jeffrey, observando la extraña actitud de su amada—. ¿Tienes frío?

—No—contestó ella secamente, mientras Stephen continuaba:

—Leo... ¿cómo le llamaremos? ¿Llamémosle Smith? Bien, va por

Smith. Ese Leo Smith, fué hallado muerto una noche en su departamento, en condiciones particularmente misteriosas. Alguien le había asesinado, propinándole un tremendo golpe en la cabeza.

—¡No quiero!—exclamó Glenda, no pudiéndose contener—. ¡No quiero continuar!

Una sonrisa de triunfo se dibujó en los labios de Bessemer.

—¡Por Dios, señorita—dijo, como la cosa más natural del mundo—. No nos estropee usted la fiesta!

Y luego añadió:

—¿No le gusta?

Hizo un silencio.

—Sólo se trata de una broma... pero si tiene usted escrúpulos personales...

Jeffrey, que seguía sin comprender, suplicó:

—No seas así, Glenda.

Bessemer, ya seguro de su victoria, continuó:

—Ese Smith amaba locamente a una joven... pero durante su ausencia, esa joven se enamoró de otro que le dió palabra de casamiento...

Glenda hubo de hacer un esfuerzo para no dejar escapar de su garganta, seca por la angustia, un grito de terror.

Finalmente, el abogado prosiguió:

—Smith invitó a esa muchacha a

subir a su departamento... Ella accedió, y a poco, tuvieron unas palabras...

La amante de Jeffrey sintió algo como si el suelo le faltara bajo sus pies.

—...Una hora después que ella salió del departamento, encontraron a Smith muerto.

Bessemer contempló a Jeffrey con una mirada de desafío. Este, sin alterarse, comenzó diciendo:

—Muy interesante... Estos son los hechos. Usted ha oído las declaraciones de los testigos... en las cuales se basaba la acusación. ¿no es eso?

Sus pupilas se fijaron en las de Stephen, que no bajó la mirada ni un instante.

—¿Conocía usted a ese Leo Smith?—preguntó entonces Jeffrey Baxter a Stephen Bessemer.

Pero en aquel instante, un grumete se acercó al abogado exclamando:

—Un radiograma para mister Bessemer.

—Con permiso del tribunal—dijo Stephen.

Este tomó el papel, lo desplegó, lo leyó y luego se lo guardó en el bolsillo, como si no le diera importancia.

—Siento haberlo interrumpido, señor abogado... defensor—dijo, una vez se hubo enterado del contenido del parte.

—Bien, ¿Dónde estaba? ¡Ah, sí! Usted dijo que no conocía a Leo Smith.

—Sí—intervino Glenda—. Eso dije.

—Perfectamente... El crimen se cometió a eso de las diez... ¿Dónde estaba usted?

—En casa.

—¿En casa?

—Sí, señor. No salí.

—¿Está segura de que no salió?

—Segurísima. Tenía amigos...

Y ya, sin casi darse cuenta de lo que decía, Glenda gritó:

—¿No te acuerdas, Jeff? ¿Cómo podía salir sin verme nadie? Marta me ayudó a vestirme y estuvo siempre con ella.

Baxter se veía sumido en un mar de confusiones.

Empezaba a adivinar algo de lo que ocurría.

—Usted estaba allí... — insistió Bessmer.

Afortunadamente para Glenda, su amiga Evelyn, ajena completamente al suceso, vino, sin querer en su ayuda. Se adelantó y dijo:

—Quiero parte de ese dinero.

—¿De qué dinero?—dijo Bessmer, que ya no se daba cuenta de que antes había dicho que se trataba sólo de una broma.

—¿No lo demanda por tres millones por quebrantamiento de promesa?

—¡Ah!—exclamó Stephen, volviendo bruscamente a la realidad—. Estaba un poco distraído, y la ruego me perdone por ello. Pero usted, todavía lo está más, señorita, porque la vista por quebrantamiento de promesa se falló hace ya rato. Ahora estamos viendo otra por crimen.

—¡Ah! (Por crimen?—dijo Evelyn—. Eso ya me gusta más. El género folletinesco constituye, precisamente, mi debilidad.

—Ella dice que no salió de su departamento—insistió Bessmer.

—¡Ah! ¿No salió...?

—Usted estaba allí, miss Evelyn. ¿Salió aquella noche?

—Sí, señor. Estuvo seis horas fuera.

—¿Cómo...?

—Seis horas fuera, le digo.

—¿Y, a dónde fué?

—Fué a Jersey...

—Dejémonos de bromas... ¿Salió Glenda aquella noche?

Ahora era Bessmer quien empezaba a perder la serenidad.

—Sí—dijo Evelyn—. Salió como cosa de media hora.

—¡Ja, ja, ja!—estallaron, a coro, todos los concurrentes que componían el jurado—. ¡Ahora resulta que la acusada dice que no se movió de casa, y su amiga afirma que sí!

Y entonaron una improvisada canción, cuyo estribillo decía así:

*Salió media hora
media hora salió...*

Mientras tanto, Jeffrey, que no acertaba a comprender el porqué de la actitud inquieta y angustiosa de su amada interrogó a ésta en voz baja.

—¡Sí!—confesó ella entonces—
¡Quería hacerte matar y le di con una estatua...!

—Calma, querida.—repuso él—
Tenemos que seguir. Niega todo.

Mientras tanto el coro había terminado y Bessemer proseguía, implacable, su acusación.

—Su nombre es Glenda...

Se detuvo. Comprendió que había ido demasiado lejos. Y con una sonrisa que se esforzó en hacer amable, rectificó, mirando a la joven actriz:

—Usted perdona... Su nombre es...
Mairie Mazooka...

Glenda, ahora que Jeffrey sabía la verdad, parecía recuperar su serenidad habitual.

—¿No conocía la demandada a Leo?—inquirió Stephen.

Glenda hizo un gesto negativo.

—¿Está segura?

—¡Segurísima!

—¿No fué con él a la Florida?

—¡No le conocía! — chilló la amante de Baxter, por toda respuesta.

—No hay que excitarse.—pronunció Bessemer, con una sonrisa hipócrita.— Es todo una broma.

E insistió de nuevo:

—¿No fué con él a Florida?

—No.

—¿Ni fué a Boston en auto?

Ella no repuso una palabra. Temía comprometerse por cualquier afirmación imprudente.

—¿No se acuerda?—precisó el acusador.— ¿No se acuerda?

—¡No! ¡No fui!—dijo finalmente Glenda O'Brien.

—Bien...—emitió lentamente Stephen.— ¿Con que no fué a la Florida ni a Boston con él?

—¡No! ¡Ya le he dicho que no!

—¿A dónde fué?

—A California... ¡No! ¡No fui con él!

—Entendámonos... ¿Fué o no a California con él?

Bessemer no tuvo contestación. Entonces prosiguió:

—Son tres los lugares a donde no fué con él.

—Es un acusador admirable—observaron varios de los concurrentes.

—El estuvo en Europa—siguió diciendo Stephen.— La invitó a su casa...

—Pero no fui — afirmó Glenda O'Brien.

Bessemer sonrió. Triunfante, metió su mano en el bolsillo y extrajo de él

el radiograma que le había sido entregado momentos antes:

—¿Cómo se explica, pues, este radiograma?

—¿Qué radiograma?—preguntó la actriz.

—¡Que lo lea! ¡Que lo lea!—exclamaron los que formaban el «jurado».

—¡Sí! Que lo lea, y a ver si acabamos de una vez, porque yo, bajo mi capa de armiño, empiezo a tiritar como si tuviera la fiebre de Malta—dijo el «jefe» Osgood.

Lentamente, recalcando cada palabra, el socio de Young leyó:

—Arma con que Leo Young fué muerto, hallada, Tome huellas digitales Glenda O'Brien.

Y volviéndose hacia la joven, gritó con tono amenazador:

—¡Sus manos tienen sangre, Glenda!

—Enséñeselas, Glenda—repuso Jeffrey—Están limpias... ¿Qué más, Bessemer?

—¿No hay sangre, eh?—dijo el interpelado con sorna.

Y repitió:

—¿No hay sangre?

Dió media vuelta, abrió un cajón de la mesa del bar y extrajo de él un paquete, que desenvolvió, dejando a la vista de todos el traje que llevaba Glenda cuando mató a Leo, y que había sido descubierto en el departa-

mento de la actriz cuando interrogaron a Marta.

—¿Y en su traje, no hay sangre?—repitió excitadísimo— ¡Tome usted, Glenda! ¡Póngaselo... con sangre y todo!

Los nervios de la infeliz habían llegado al máximo de resistencia. A pesar de su valentía, de su serenidad, no pudo soportar la dura prueba a que estaba sometida desde hacía demasiado rato y, entre sollozos y gritos histéricos, confesó:

—¡No puedo más! ¡No puedo! ¡Sí! ¡Yo lo maté!

El único que no perdió la presencia de espíritu fué Jeffrey.

—Es preciso seguir adelante la comedia, si no queremos que se convierta en drama...

Y corriendo hacia la joven, la abrazó efusivamente, al tiempo que exclamaba:

—¡Espléndido, Glenda! ¡Eres una gran actriz!

Luego, señaló el vestido:

—¿Tinta roja, eh?—dijo, señalando las manchas.

Y como Stephen no supiese qué contestar:

—Bravo, Bessemer!—contestó Baxter.

Glenda O'Brien, mientras tanto, seguía llorando amargamente. Jeffrey la dió cariñosamente dos o tres golpecitos en la espalda.

—Anda, Glenda, no llores más. Ya es bastante...

Y volviéndose hacia el auditorio, añadió:

—¿Qué les parece? Mejor que en el teatro... ¡Tres hurras por Glenda!

—¡Hurra! ¡Hurra! ¡Hurra!—gritaron todos.

—¿Qué dice usted a esto, Bessemer?—preguntó Jeffrey, viendo que por fin su amada se había serenado.

Ella se acercó al acusador.

—¿He fingido bien, eh?

—Has estado admirable, Glenda—dijo Baxter.

Y dirigiéndose a Stephen:

—Parecía real. ¿eh?—recalcó.

Bessemer esbozó una sonrisa vaga, y repuso, alejándose:

—Más real de lo que usted se cree, Jeffrey Baxter...



Glenda y Jeffrey desaparecieron del lugar donde había tenido lugar aquel singular juicio, y fueron a refugiarse al camarote de ella. Mientras tanto, sobre cubierta, la concurrencia se dispersaba. La fiesta había terminado de un modo un poco frío. Stephen Bessemer, el maravilloso maestro de ceremonias, se había olvidado

a última hora de su papel para no pensar más que en su carrera de abogado acusador.

—Así es como fué—se limitó a decir Glenda, por toda confesión, cuando estuvo sola con Jeffrey.

—Todo se arreglará—repuso imperturbablemente Baxter.

—¿Me separarán de ti?—preguntó ella.

—No, no temas.

Y añadió después:

—¿Qué piensas, Glenda mía?

—No quería hacerlo... ¿Qué me harán, Jeffrey?

—Lo ignoro, pero sea lo que sea, tenemos que impedirlo. Mañana nos casaremos.

—¡No, Jeffrey!—gritó ella—. ¡No puedo!

—¿Por qué?

—¡Imposible!

—¿Por qué ha de ser imposible?

—Sería tu perdición...

Y suspiró:

—¡Por eso estoy aquí, en tus brazos! ¡Nunca podremos casarnos!

—Mañana, al desembarcar—volvió a decir Baxter—, nos casaremos.

Un suspiro se escapó de los labios de Glenda.

—Bessemer desconfía—añadió Jeffrey.

—Lo sé—repuso la joven—. ¡Tengo miedo!

—No temas, querida mía, mientras yo esté a tu lado.

—¡Tengo mucho miedo!

Y con gesto de horror en sus bellos ojos:

—¡Morir!

—No morirás, Glenda...—dijo él, consolándola.

—¡No! ¡No quiero morir!

... Mientras tanto, Bessemer, de

pie en la cabina de la radiotelegrafía, dictaba al operador el siguiente despacho:

William Clarke.

Juez de Distrito

Nueva York

Sospechoso ha confesado. Dispongo detención a la llegada.

Bessemer.

MAXIE DICE SU ÚLTIMA PALABRA

Cuando al día siguiente, en el momento en que Glenda se disponía a desembarcar, dos policías le salieron al encuentro, requiriéndola para que se constituyera presa, la bella actriz no se mostró nada sorprendida.

Durante la noche, se había ido acostumbrando a la idea de que todo estaba perdido, y recibió la fatal noticia con absoluto estoicismo.

En un auto de la policía, Glenda O'Brien fué conducida a presencia del juez Clarke. Pero Jeffrey le había tomado la delantera, y cuando llegó el momento del interrogatorio, el amante de la actriz ya había podido hablar con el representante de la ley.

—No deseo que haga usted nada

en su favor ni en contra, sino únicamente que, como abogado suyo, me permita asistir a la diligencia del interrogatorio.

—¿Nada más?

—Nada más. Quiero que el asunto se deslice por sus cauces naturales, sin que influya la menor recomendación ni el más leve favoritismo. La ley es la ley.

Clarke no esperaba aquello, y ante la nobleza con que se producía Jeffrey, no pudo menos que tenderle su diestra y estrechar fuertemente la suya.

Tres personas hicieron su entrada, a la vez, en el salón destinado a despacho del juez Clarke. Eran éstas

Glenda O'Brien, Stephen Bessemer y Marta.

—Usted—dijo el juez dirigiéndose a la acusada—asegura que no salió de su casa...

—No salió—intervino Marta.

Clarke se volvió hacia la sirvienta.

—Cuando le pregunten, contestará—dijo sin acritud.

Glenda permaneció en silencio.

—¿Qué dice?—insistió el juez.

—Que no salió—contestó Jeffrey, que, como abogado de Glenda, tenía derecho, según la ley, a contestar en su nombre. Y encarándose con Stephen, añadió—: ¿Qué piensa usted hacer ahora?

Bessemer no se dio, ni muchísimo menos, por vencido:

—¿Me permite hacerle una pregunta? Hable, Glenda, sin miedo...

—Diga usted.

—¿Subió o no al departamento de Leo y le mató?

—No fui ni maté a nadie.

—En el buque lo confesó así.

—Fingía. Se trataba de una broma.

—Aquí está la prueba taquigráfica. Léala, señor juez. Hay cien testigos.

—¡Esa argumentación no se sostiene en pie, ni que se quebranten todos los principios de la ley de la gravedad, Bessemer!—exclamó entonces Jeffrey sin poderse contener—. Cuando en la fiesta que tuvo

lugar a bordo del «Florida» se hizo aquella parodia de juicio, todo el mundo estaba convencido, y así actuamos todos, de que era una broma.

—No lo era—repuso gravemente Bessemer.

—Y en contra de esa prueba, tan inconsistente—siguió argumentando Baxter—tenemos otra, mucho más veraz e incontrovertible, que es el testimonio de Marta, la sirvienta, que ésta sí que no contestó en broma a las preguntas que le hacía el señor juez. Y ella jura que miss O'Brien no subió.

—Pero yo tengo un testigo que afirma que sí subió.

—¿Y quién es ese testigo?

Bessemer no tuvo necesidad de contestar. En aquel momento, Maxie hizo su aparición en el salón que servía de despacho al juez Clarke.

—¿Qué dice usted a esto, Maxie?

—Esa ella—contestó sin vacilar el miserable.

Jeffrey le miró y su penetrante mirada desconcertó un poco al recién llegado.

—A ver, a ver...—dijo Baxter, procurando mostrarse lo más sereno posible—. Usted acaba de decir «Esa ella». ¿Quiere tener la bondad de aclararnos qué significan las palabras «esa ella»?

—Quiero decir que fué ella quien asesinó a mi amigo Leo Young.

—¡Ah! ¿Usted lo sabe?

—¡Sí, señor!

—Muy curioso... muy curioso...

Maxie empezaba a desconcertarse. La actitud de Jeffrey no era la que él esperaba, ni muchísimo menos.

—Usted afirma que Glenda O'Brien aquí presente, es la autora del asesinato de Leo Young... Perfectamente. ¿Usted estaba, pues, con él, cuando tuvo lugar el crimen?

Maxie palideció. No había contado con aquello.

—No, señor—repuso, tras una leve vacilación, que no pasó desapercibida para el juez Clarke.

—¿No estaba usted con él?

—No, señor... Es decir... no estaba, pero es como si hubiese estado...

—No comprendo.

—Esperaba... escuchaba... afuera.

—¿Y usted vió entrar o salir a miss Glenda O'Brien?

—No, señor. Pero oí su voz, y reconozco perfectamente que era la de la acusada.

—Muy endeble me parece la prueba—observó, con disimulada satisfacción, Jeffrey Baxter.

—¿Qué dice ahora?—arguyó Bessemers—. Ella se defiende negando que estuvo con Leo Young, y aquí tenemos un testigo veraz que jura lo contrario...

Y dirigiéndose a Maxie, preguntóle:

—¿No es cierto?

—¿Qué dijo?—interrogó a su vez Clarke.

—Gritaba: «¡No, por favor!»

—¿Nada más?

—Y luego dijo: «¡Te mataré!»

El juez Clarke contemplaba atentamente a cada uno de los circunstantes.

—¿Está seguro—preguntó a Maxie al cabo de un rato—que era la voz de ella?

Esa vez Maxie no se atrevió a contestar afirmativamente.

—¿Qué dice?—insistió el juez.

Pero entonces Jeffrey Baxter contestó por Maxie:

—No tiene nada que decir.

El otro guardó silencio. Pero Jeffrey se encaró con él:

—¿Le llaman Maxie, eh?

—Sí, señor.

—¿Comerciante?

—Sí... comerciante... en lo que se presente—pronunció Maxie con cinismo.

Jeffrey hizo resaltar la frase.

—¿Comerciante, eh? ¿Qué hablaban con Young?

—Hombre... verá usted—repuso Maxie, que empezaba a perder bríos—. Hablamos de esto y de aquello... y de lo demás allá... y de que sí fué y que si vino...

—Ya. ¿Y en dónde hablaban?

—Por teléfono.

—¡Ah, por teléfono! ¿Quién llamó? ¿El o usted?

—Yo le llamé.

—¿Usted? ¿Está seguro de ello? ¿Puede probarlo?

—Yo le llamé, y tengo cinco testigos.

—No deja de ser curioso que le llamara usted a altas horas de la noche, y que, a pesar de lo intempestivo del momento y de la... índole reservada y especial de los negocios a que se dedica, lo hiciera en presencia de cinco testigos.

—Eran amigos del muerto, que querían saber cómo le había probado su viaje a Europa.

—Eran amigos... y por lo tanto, su testimonio, inválido para las actuaciones judiciales, por su parcialidad manifiesta. ¿Está usted seguro que es ella?

Otra vez Maxie guardó silencio.

—¿Lo juraría ante el tribunal?—insistió el amante de Glenda O'Brien.

—Sí, porque es la verdad.

Jeffrey Baxter no habló más. Necesitaba recapacitar. Pronto tuvo su plan.

—¿Desea algo más?—preguntó Maxie—. Ya sabe...

Clarke pareció adivinar que Jeffrey quería hablar con él a solas.

—¿Lo necesita?—preguntó a Baxter.

—Más tarde—dijo éste.

Y con un rápido movimiento, deslizó sus manos bajo la chaqueta de Maxie y se apoderó de un revólver que llevaba en el bolsillo colocado en la parte inferior, y, por consiguiente, muy al alcance de su diestra. Con calma inusitada, se lo guardó en el bolsillo.

—No vaya a dispararse—exclamó sarcásticamente.

—Tengo licencia—observó Maxie.

—Señor juez—dijo entonces el amante de la actriz—, ¿Me da usted media hora para probarle que ese hombre miente?

Clarke asintió. Baxter deslizó al oído de Glenda:

—Si te preguntan, sea lo que sea, aunque quieran saber cómo te llamas o dónde vives, contesta siempre: «No sé». «No recuerdo»...

—Baxter exagera la cosa—dijo el juez Clarke cuando aquél y Maxie hubieron abandonado la estancia. Y, dirigiéndose a Glenda—: ¿Cuánto tiempo hacía que conocía a Young?—la preguntó.

—No sé... no recuerdo...—contestó ella, fiel a las recomendaciones que le había hecho su amante.

••

Maxie había ganado precipitadamente la salida de la habitación del juez.

—¿Me ha seguido?—dijo, dándose bruscamente cuenta de que Jeffrey iba tras él.

—Sí.

—Pase... Quiero hablar con usted.

—Tú delante—dijo el abogado.

—¿Creía usted que le iba a matar por la espalda?

—No creía nada, pero tomo mis precauciones. Nunca están de más, tratándose de una víbora ponzoñosa como tú.

Y encarándose con él, dispuesto ya a todo:

—Has mentido ante el juez—gritó.

—¿Qué te importa?—repuso el otro con el mayor cinismo.

—¿A quién te telefoneó Leo Young que montases?

—No lo sé. No me dió el nombre.

—Soy yo.

—Pues... quizá aún haya tiempo—amenazó el miserable.

Señaló una botella de licor y dijo a Jeffrey:

—¿Quieres que tomemos una copa?

El abogado no contestó ante aquel convite que tenía algo de macabro.

—¿Hay algún inconveniente?—volvió a decir Maxie—. ¿Qué pasa?

—¿Qué pasa?—rugió iracundo Baxter—. ¿Estás dispuesto a llevar a una muchacha al patíbulo?

—Seguramente.

—¡Ah! Seguramente...

—No me importa.

—Una vida más o menos, no te importa. Ya lo sé.

—Solo me importa la mía.

—Por eso mataste a Haskins y a Talbot.

—No me importaban.

—A ti no te importa nada. ¿Eres valiente, eh?

—He dado pruebas de ello.

—Con doce balas en el cuerpo, ¿no es eso?

—¡Catorce!—pronunció entonces Maxie, como si hubiese estado contando el número de sus títulos nobiliarios—. ¿Por qué?

—¿Cuántas cuchilladas?—preguntó Jeffrey.

—Diez o doce.

—¡Valiente de veras!—dijo con cierto tono de admiración el abogado—. ¿Sin miedo a las balas ni a los cuchillos, verdad?

—Sin miedo a nada.

—Lo sabía.

—Ni a nadie...

Una oleada de fuego iba subiendo paulatinamente a las mejillas de Maxie, que completó la frase diciendo:

—Y menos a un abogadillo como usted.

Jeffrey recibió el reto como si hubiera recibido una bofetada. Metió la mano en el bolsillo derecho del pantalón y sacó de él un látigo.

—Mira—dijo a Maxie.

El otro pareció no comprender.

—¿Qué quieres decir con esto?
¿Crees que vas a intimidarme?

—¿Ves este látigo?—gritó Baxter.

—Sí, que lo veo. ¿Acaso te piensas que vas a asustarme con él? ¿Soy acaso algún perrillo inocente?

—Lo mandé hacer expresamente para ti... Es de piel de vaca trenzada. ¿Lo has probado?

—No.

Un grito de dolor siguió a este monosílabo, pronunciado por Maxie. Jeffrey se había arrojado sobre el miserable, y le descargaba tremendos golpes en el rostro, en los brazos, en la espalda, en el cuello. El miserable se retorcía de dolor y de sus labios se escapaban gemidos espantosos.

—¡Toma, canalla! ¡Toma!—gritaba Baxter, en el colmo de la excitación—. ¡Toma, asesino, bandido, miserable! ¡Toma, que por cada uno de tus crímenes te he de desgarrar la piel por cien sitios diferentes, mañana maquerosa!

Maxie había caído al suelo. Ya no era un hombre: era una piltrafa asquerosa, que chillaba de miedo como una rata cogida en una ratera. Pedía clemencia con gritos inarticulados. Nunca se le hubiese podido suponer tan reptante y tan cobarde.

De pronto, el revólver de Maxie, que Jeffrey llevaba en el bolsillo, se disparó, sin hacer blanco. Un chillido

de terror y de pánico se escapó de los labios del miserable, que quedó inmóvil en el suelo, abandonándose a su suerte. Entonces Baxter se guardó el látigo y ordenó a Maxie:

—Levántate y vamos otra vez a presencia del juez.

Cuando llegaron, el interrogatorio de Glenda continuaba en la misma forma vaga de antes.

—Si usted no le mató—decía Clarke—, ¿quién fué?

—No lo sé—respondía Glenda.

Beesmer, al ver entrar a Maxie lleno de sangre, llorando como una mujerzuela y con los cabellos en desorden, preguntó:

—¿Qué le ha hecho usted?

—¿Qué le he hecho?—gritó Jeffrey Baxter, todavía excitado—. ¡Lo he azotado como se azota una culebra venenosa! ¡Diles lo que Young te dijo!

—Me dijo...—confesó Maxie—que matara a alguien...

—¡Que mates a alguien!—añadió Jeffrey—. ¡Sí! A mí.

—¿Es verdad lo que dice?—preguntó en aquel instante Clarke.

—¿Por qué no hablaste?—dijo entonces Beesmer.

—Suponiendo que ella hubiese estado con Young—replicó el amante de Glenda—, impidió que ese canalla me matase. Y después de esto ¿quién la condenaría?

Nadie supo contestar.

—Nadie tiene un solo testigo que declare que la vió entrar en casa de Young.

Clarke contempló a Maxie.

—¿Era ella?—le preguntó.

Maxie no se atrevía a decir nada. Temblaba como un animal herido de muerte y acosado en su cubil.

—¿Está seguro?—insistió el juez.

—¡No, no estoy seguro!—balbució Maxie. Y comprendido que aquello no era bastante, afirmó—: ¡No, no era ella!

—¿No era ella?

—¡La verdad, señor juez! ¡No era su voz!

—¡Vaya un caso!, ¿eh?—dijo entonces Jeffrey, dirigiéndose a Beasmer—. ¡Cien mil dólares tirados!

Y encarándose con Clarke:

—¡Sí! ¡Esto costará al pueblo un

proceso que le pondrá en ridículo, Clarke.

El juez estaba literalmente confundido.

—¿La quiere usted?—preguntó entonces Baxter, dirigiéndose al juez, como preguntándola si debía continuar detenida.

—No, no la quiero.

—Pues bien—pronunció el amante de Glenda— Yo, sí.

Y tomándola del brazo, salieron del despacho del juez. La tempestad había pasado. ¡Glenda estaba libre! Y ante ellos, se abría, espléndido y prometedor, el panorama de su futura dicha, de una dicha que no podría empañar el recuerdo de los pesares, de las amarguras, de las angustias sufridas, cuando la sombra del pasado había venido a interponerse en el camino de su felicidad.

FIN

Metropol

C. Lauria, 115
entre Mallorca y Provenza

El local mas fresco de Barcelona.
Temperatura constante 17 grados.

Precio único:
1'50 ptas.

Programa

para los dias 11, 12, 13 y 14

El hombre que se reía del amor
por MARIA F. LADRON DE GUEVARA y RIBELLES.

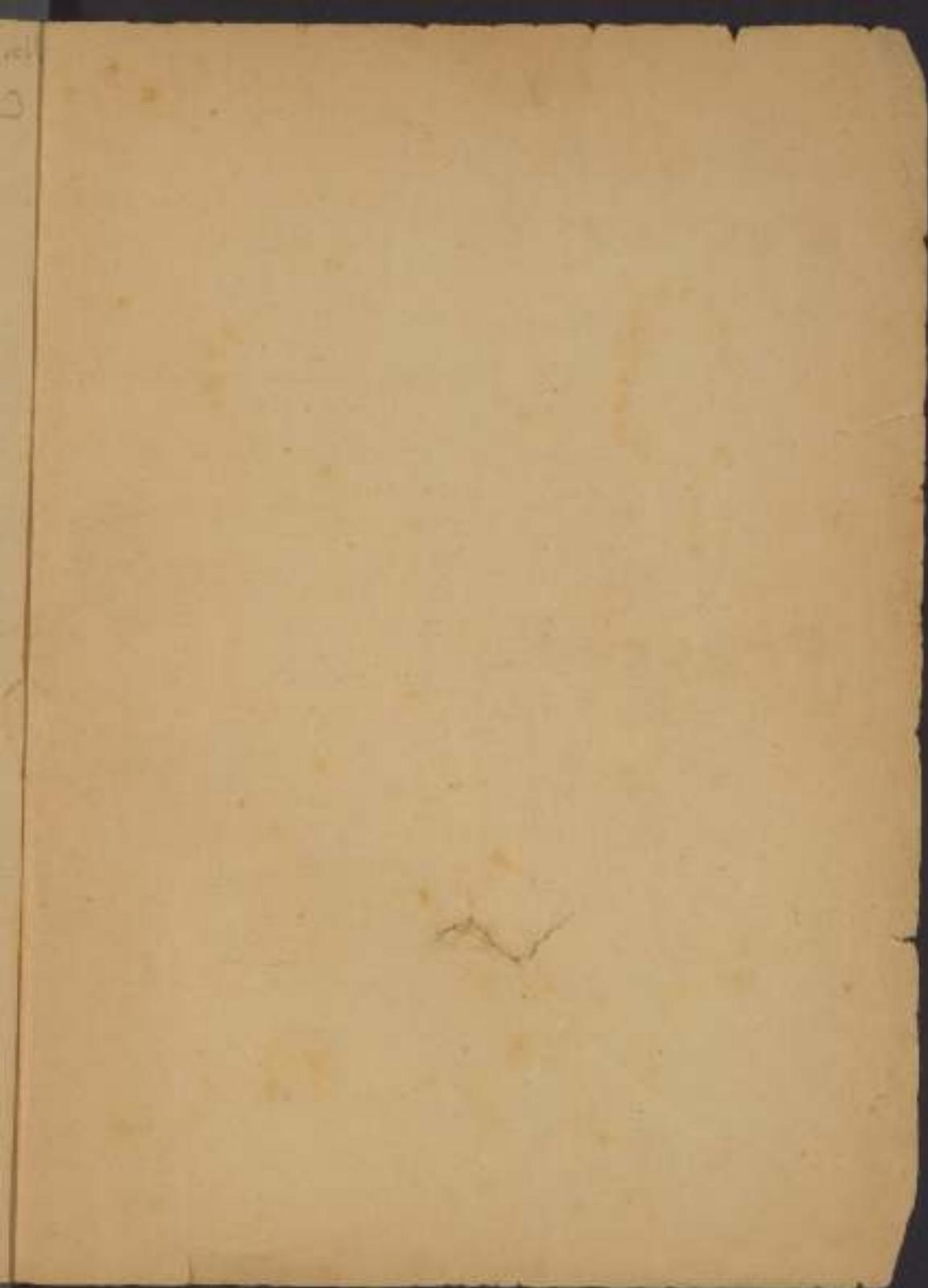
Dias 15, 16 y 17

Cinemanía

por HAROLD LLOYD

Soy un fugitivo

por PAUL MUNI



SOLAMENTE EN
Ediciones BIBLIOTECA FILMS
y
Selección FILMS DE AMOR

aparecen las nuevas estrellas
en sus más portentosas creaciones.

MARLENE DIETRICH

FATALIDAD
EL EXPEDIENTE DE SHANGHAI
LA VENDEDORA RUBIA

MARTHA EGGERTH

DIPLOMATICO DE MUJERES
VUELVA MI CANCIONER
AUDIENCIA IMPERIAL

FRANCISKA GAAL

VERONICA (La Sacerdotisa)
PATRIKA (Granito de sal)

MAE WEST

NACIDA PARA PECAR (Lady L)

MAGDA SCHNEIDER

AMORIOS (Loboset)
HAY O NIENIA

LISE NORO

MATER DOLOROSA

GABY MORLAY

FELIPE DEBBLAY

MARY CARLISLE

LA NOVIA UNIVERSITARIA

Ediciones BIBLIOTECA FILMS.—1'00 peseta
Selección FILMS DE AMOR.—50 céntimos

REDONDA

EDITORIAL "ALAS".—Apartado 707.—BARCELONA

Servimos números sueltos y colecciones completas, precio exacto del transporte en adición de correo. Remiten cinco céntimos para el certificado franquicia gratis.

UNA peseta